

BIBLIOTECA

380
DRAMÁTICA.

COLECCION DE COMEDIAS

REPRESENTADAS CON ÉXITO

EN LOS TEATROS

DE MADRID.



A un tiempo hermana y amante, t. 1.	2	Dicha y desdicha, t. 1.	2	5	El Diablo y la bruja, t. 3.	2	9	El Terremoto de la Martinica, t. 5	2	12
Ansias matrimoniales, o. 1.	2	Don Fernando de Sandoval, o. 5	2	8	Doctor negro, t. 4.	4	4	Tarambana, t. 3.	4	8
A las máscaras en coche, o. 3.	4	Don Carlos de Austria, o. 3.	2	10	Delator, ó la Berlina del Emigrado, t. 5.	3	16	Tio y el sobrino, o. 1.	2	3
A tal acción tal castigo, o. 3.	1	Dos lecciones, t. 2.	3	2	Desterrado de Gante, o. 3.	2	5	Trapero de Madrid, o. 4.	9	14
Azores de la privanza, o. 4.	3	Dividir para reinar, t. 1.	1	3	Espósito de Ntra. Sra., t. 1.	1	6	Tio Pablo ó la educación, t. 2.	2	7
Amante y caballero, o. 4.	2	Dios y mi derecho, o. 3 a y 5. c.	2	10	Españoleto, o. 3.	3	5	Testamento de un soltero, t. 3.	2	5
A cada paso un acaso, ó el caballero, o. 5.	4	Diana de Mirmande, t. 5.	3	11	Enamorado de la Reina, t. 2.	3	5	Talisman de un marido, t. 1.	2	4
Amor y Patria, o. 5.	2	De balcon á balcon, t. 1.	3	4	Eclipse, ó el aguero infundado, o. 3.	2	7	Tio Pedro ó la mala educación, t. 2.	2	7
A la misa del gallo, o. 2.	3	Dejar el honor bien puesto, o. 3.	3	4	Espectro de Herbesheim, t. 1.	3	6	Toro y el Tigre, o. 1.	3	3
Asi es la mia, ó en las máscaras un mártir, o. 2.	3	Esmeralda ó Ntra. Sra. de Paris, t. 5.	5	11	Favorito y el Rey, o. 3.	1	6	Tejedor de Jativa, o. 3.	3	6
Actriz, militar y beata, t. 3.	3	Enriqueta ó el secreto, t. 3.	2	6	Fastidio ó el conde Derfort, t. 2.	1	5	Tejedor, t. 2.	1	7
Alpié de la escalera, t. 1.	3	Elisa, o. 3.	2	4	Guarda-bosque, t. 2.	3	4	Vaso de agua, ó los efectos y las causas, t. 5.	2	5
Arturo, ó los remordimientos, t. 1	2	Enrique de Valois, t. 2.	2	10	Guante y el abanico, t. 3.	3	3	Vivo retrato, t. 3.	1	6
Al asalto!, t. 2.	6	Efectos de una venganza, o. 3.	2	8	Galan invisible, t. 2.	3	5	Vampiro, t. 1.	2	7
Angel y demonio ó el Perdon de Bretaña, t. 7 c.	5	Entre dos luces, zarz. o. 1.	2	4	Hijo de mi mujer, t. 1.	2	5	Ultimo dia de Venecia, t. 5,	2	9
A mentir, y medraremos, o. 3.	4	Estela ó el padre y la hija, t. 2.	1	4	Hermano del artista, o. 2.	3	11	Ultimo de la raza, t. 1.	2	4
A perro viejo no hay tus tus, t. 3.	5	En poder de criados, t. 1.	6	2	Hombre azul, o. 5 c.	3	10	Ultimo amor, o. 3.	2	5
Abogar contra si mismo, t. 2.	2	Españoles sobre todo (segunda parte) o. 3.	2	12	Honor de un castellano y deber de una muger, o. 4.	2	10	Usurero, t. 1.	2	4
A mal tiempo buena cara, t. 1.	4	En la falta va el castigo, t. 5.	3	8	Hijo de su padre, t. 1.	3	6	Zapatero de Londres, t. 3.	3	9
Amor y farmacia, o. 3.	2	Engaños por engaños, o. 1.	2	4	Himeneo en la tumba, ó la Hechicera, o. 4. Mágia.	4	7	Zapatero de Jerez, o. 4.	3	5
Alberto y German, t. 1.	1	Estudios históricos, o. 1.	2	5	Hijo de Cromwell, ó una restauracion, t. 5.	2	10	Fausto de Uslerwal, t. 5.	1	13
Andrés el Gambusino ó los buscadores de oro, t. 5.	3	Es el demonio!! o. 1.	2	3	Hijo del emigrado, t. 4.	2	10	Fuerte-Espada el aventurero, t. 5	3	7
Amor y ambicion, ó el Conde Herman, t. 5.	2	En la confianza está el peligro, o. 2.	3	4	Hombre complaciente, t. 1.	3	5	Fernando el pescador, ó Málaga y los franceses, o. 3 a. y 10 c.	3	15
Amor de padre, o. 2.	2	Entre cielo y tierra, o. 1.	2	2	Hijo de todos, o. 2.	2	3	Francisco Dorca, o. 4.	2	10
Alfonso el Magno, ó el castillo de Gauzon, o. 3.	2	En paz y jugando, t. 1.	2	3	Hombre cachaza, o. 3.	3	4	Gustavo III ó la conjuracion de Suecia, t. 5.	1	11
Allá vá eso! t. 1.	2	Enrique de Trastamara, ó los mineros, t. 3.	3	9	Heredero del Czar, t. 4.	2	10	Gustavo Wasa, o. 5.	2	16
Adriana Lecouvreur, ó la actriz del siglo XV, t. 5.	5	Es un niño! t. 2.	4	7	Idiota ó el subterráneo, t. 5.	4	11	Gaspar Hauser ó el idiota, t. 4.	4	9
Al fin casé á mi hija, t. 1.	2	Errar la cuenta, o. 1.	2	2	Ingeniero ó la deuda de honor, t. 3.	2	9	Guardapié III, ó sea Luis XV en casa de Mma. Dubarry, t. 1.	5	5
Amar sin ver, t. 1.	1	Elena de la Seiglier, t. 4.	2	5	Lazo de Margarita, t. 2.	4	4	Guillermo de Nassau, ó el siglo XVI en Flandes, o. 5.	5	7
Beltran el marino, t. 1.	2	Están verdes, t. 1.	2	3	Leñador y el ministro, ó el testamento y el tesoro, 6 c.	7	12	Geroma la castañera, zarz.	1	3
Benvvenuto Cellini, ó el poder de un artista, o. 5.	5	Empeños de honra y amor, o. 3.	2	6	Licenciado Vidriera, t. 4.	2	7	Hasta los muertos conspiran, o. 7	2	11
Batalla de amor, t. 1.	2	En mi bemol, t. 1.	2	1	Maestro de escuela, t. 1.	3	4	Honores rompen palabras, ó la accion de Villalar, o. 4.	2	8
Camino de Portugal, o. 1.	2	El andaluz en el baile, o. 1.	2	8	Marido de la Reina, t. 1.	2	5	Herminia, ó volver á tiempo, t. 5	3	5
Con todos y con ninguno, t. 1.	1	Aventurero español, o. 3.	2	8	Mudo por compromiso ó las emociones, t. 1.	3	3	Halifax, ó picaro y honrado, t. 5 y p.	2	9
César, ó el perro del castillo, t. 2.	2	Arquero y el Rey, o. 3.	3	12	Médico negro, t. 7 c.	4	12	Hombre tiple y muger tenor, o. 4	5	5
Cuando quiere una muger!! t. 2.	3	Agiotage ó el oficio de moda, t. 5.	2	10	Mercado de Londres, t. id.	4	12	Honor y amor, o. 5.	4	9
Casarse á oscuras, t. 3.	3	Amante misterioso, t. 2.	3	6	Marinero, ó un matrimonio repentino, o. 1.	2	4	Inventor, bravo y barbero, t. 1.	2	4
Clara Harlowe, t. 3.	5	Alquil mayor, t. 2.	2	5	Memorialista, t. 2.	4	4	Ilusiones, o. 1.	4	4
Con sangre el honor se venga, o. 3.	2	Amor y la música, t. 3.	2	4	Marido de dos mujeres, t. 2.	2	3	Isabel, ó dos dias de esperiencia, t. 5.	4	4
Como á padre y como á rey, o. 3.	3	Amigo intimo, t. 1.	2	3	Marqués de Fortville, o. 3.	2	7	Jorge el armador, t. 4.	3	11
Cuánto vale una leccion! o. 3.	3	Artículo 960, t. 1.	2	5	Mulato, ó el caballero de San Jorge, t. 3.	4	11	Jui que jembra, o. 1.	3	6
Caer en el garlito, t. 3.	4	Angel de la guarda, t. 3.	3	8	Marido de la favorita, t. 5.	2	11	José Maria, ó vida nueva, o. 1	1	7
Caer en sus propias redes, t. 2.	2	Artesano, t. 5.	2	9	Médico de su honra, o. 4.	4	6	Juan de las Viñas, o. 2.	1	6
Conspirar con mala estrella, ó el caballero de Harmental, t. 7 c.	4	Anillo del cardenal Richelieu, ó los tres mosqueteros, t. 5.	8	7	Médico de un monarca, o. 4.	1	9	Juan de Padilla, o. 6. c.	3	11
Cinco reyes para un reino, o. 5.	2	Anillo del cardenal Richelieu, ó los tres mosqueteros, t. 5.	8	7	Marido desleal, ó quién engaña y quien, t. 3.	2	3	Jacobo el aventurero, o. 4.	2	16
Caprichos de una soltera, o. 1.	2	Baile y el entierro, t. 3.	2	8	Mercado de San Pedro, t. 5.	4	9	Julian el carpintero, t. 5.	3	6
Carlota, ó la huérfana muda, t. 2.	3	Beneficiado, ó república teatral, o. 4.	5	10	Naufragio de la fragata Medusa, t. 5.	3	11	Juana Grey, t. 5.	2	8
Con un palmo de narices, o. 3.	3	Campanero de S. Pablo, t. 4.	2	4	Nudo Gordiano, t. 5.	3	6	Juzgar por apariencias, o. 3.	3	6
Camino de Zaragoza, o. 1.	4	Contrabandista Sevillano, o. 2.	3	10	Novio de Buitrago, t. 3.	4	6	Jugar con fuego, t. 2.	1	3
Consecuencias de un bofetón, t. 1.	1	Conde de Bellaflor, o. 4.	4	8	Novicio, ó al mas diestro se la pegan, t. 1.	2	5	Julio César, o. 5.	2	15
Consecuencias de un disfraz, o. 1	3	Cómico de la legua, t. 5.	3	10	Noble y el soberano, o. 4.	2	8	Juan Lorenzo de Acuña, o. 4.	2	9
Casarse por no haber muerto, ó el vecino del norte y el del medio-dia, t. 3.	5	Cepillo de las ánimas, o. 4.	2	6	Nacimiento del hijo de Dios y la degollacion de los inocentes, o. 4.	6	16	Laura de Monroy ó los dos maestros, o. 3.	2	8
Cambiar de sexo, t. 1.	4	Cartero, t. 5.	3	10	Nudo y la lazada, o. 1.	1	6	Luchar contra el destino, t. 3.	2	8
Compuesto y sin novia, t. 2.	1	Cardenal y el judío, t. 5.	3	12	Oso blanco y el oso negro, t. 1.	2	10	Luchar contra el sino, ó la Sor-tija del Rey, o. 3.	2	5
De la agua mansa me libre Dios, o. 3.	3	Clásico y el romántico, o. 1.	2	3	Pacto con Satanás, o. 4.	3	4	Llueven sobrinos!! o. 1.	3	8
De la mano á la boca, t. 3.	2	Caballero de industria, o. 3.	3	4	Pacto sangriento ó la venganza corsa, t. 6 c.	4	11	Laura de Castro, o. 4.	1	15
Don Canuto el estanquero, t. 1.	5	Capitan azul, t. 3.	2	11	Page de Woodstock, t. 1.	1	5	Laura, (pról. epil), o. 5.	4	12
Dos contra uno, t. 1.	2	Ciudadano Marat, t. 4.	3	18	Peregrino, o. 4.	3	9	Lázaro ó el pastor de Florencia, t. 5.	2	9
Dos noches, ó un matrimonio por agradecimiento, t. 2.	3	Confidente de su muger, t. 1.	2	4	Premio de una coqueta, o. 1.	2	4	Latreaumont, t. 5.	2	15
Deshonor por gratitud, t. 3.	3	Caballero de Griñon, t. 2.	2	4	Piloto y el Torero, o. 1.	2	4	Libro III, capítulo I, t. 1.	1	2
Dos y ninguno, o. 1.	2	Corregidor de Madrid, t. 2.	2	4	Poder de un falso amigo, o. 2.	2	5	Llovidos del cielo, t. 1.	2	3
De Cadiz al Puerto, o. 1.	1	Castillo de San Mauro, t. 5.	3	10	Perro de centinela, t. 1.	1	2	Luchas de amor y deber, o. 3.	2	5
Desengaños de la vida, o. 3.	3	Cautivo de Lepanto, o. 1.	1	4	Porvenir de un hijo, t. 2.	3	2	Luceros y Claveyina, ó el ministro justiciero, o. 3.	2	7
Doña Sancha, ó la independencia de Castilla, o. 4.	2	Coronel y el tambor, o. 3.	3	4	Padre del novio, t. 2.	2	4	La Abadia de Castro, t. 7. c.	9	15
Don Juan Pacheco, o. 5.	2	Caudillo de Zamora, o. 3.	3	4	Pronunciamento de Triana, o. 1.	2	9	Abadia de Penmarck, t. 3.	1	8
Don Ramiro, o. 5.	1	Conde de Monte-Cristo, primera parte, 10 c.	4	16	Pintor inglés, t. 3.	3	8	Alqueria de Bretaña, t. 5.	7	12
Don Fernando de Castro, o. 4.	2	Idem segunda parte, t. 5.	3	17	Peluquero en el baile, o. 1.	2	5	Barbera del Escorial, t. 1.	2	3
Dos y uno, t. 1.	1	El conde de Morcef, tercera parte del Monte-Cristo, t. 7 c.	2	12	Raptor y la cantante, t. 1.	1	4	Batalla de Clavijo, o. 1.	4	4
Donde las dan las toman, t. 1.	3	Castillo de S. German, ó delito y expiacion, t. 5.	7	9	Rey de los criados y acertar por carambola, t. 2.	2	5	Batalla de Bailen, zarz, o. 2.	2	8
De dos á cuatro, t. 1.	1	Ciego de Orleans, t. 4.	2	9	Robo de un hijo, t. 2.	2	8	Boda tras el sombrero, t. 4.	5	9
Dos noches, t. 2.	3	Criminal por honor, t. 4.	2	6	Rey martir, o. 4.	2	7	Berlina del emigrado, t. 5.	3	10
Dieguiyo pata de Anafre, o. 1.	2	Cardenal Cisneros, o. 5.	1	11	Rey hembra, t. 2.	3	3	Los consejos de Tomás, o. 3.	2	6
Dos muertos y ninguno difunto, t. 2.	2	Ciego, t. 1.	2	3	Rey de copas, t. 1.	2	3	La costumbre es poderosa, t. 1.	2	4
De una afrenta dos venganzas t. 5	4	Cardenal Richelieu, o. 4.	2	9	Robo de Elena, t. 1.	1	5	Los celos de una muger, t. 5.	5	5
Don Beltran de la Cueva, o. 5.	2	Castillo de Grantier, t. 4.	4	7	Rayo de oriente, o. 3.	1	9	La cola del perro de Alcibíades, t. 5.	2	6
Don Fadrique de Guzman, o. 4.	3	Duque de Allamura, t. 3.	3	10	Secreto de una madre, t. 3 y p.	3	9	Caverna de Kerougal, t. 4.	1	10
Dina la gilana, t. 3.	4	Dinero!! t. 4.	3	14	Seducer y el marido, t. 3.	3	4	Coqueta por amor, t. 3.	3	4
Demonio en casa y angel en sociedad, t. 3.	4	Doctorcito, t. 1.	6	2	Sastre de Londres, o. 1.	1	5	Corte y ta aldea, o. 5.	2	8
		Demonio familiar, t. 3.	3	4						
		Diablo en Madrid, t. 5.	2	7						
		Desprecio agradecido, o. 5.	4	5						
		Diablo enamorado, o. 3.	3	21						
		Diablo son los nietos, t. 1.	2	3						
		Derecho de primogenitura, t. 1.	3	3						
		Doctor Capirote, ó los curanderos de antaño, t. 1.	1	6						
		Diablo nocturno, t. 3.	3	3						



EL BRAVO Y LA CORTESANA DE VENECIA.

Drama en cinco actos y ocho cuadros, arreglado del francés, por D. Isidoro Gil, y representado con grande éxito en el teatro de la Cruz, el año de 1835.

PERSONAJES.

EL BRAVO.	UN GONDOLERO.
SALFIERY.	UN HOMBRE.
EL CONDE DE BELMONTE.	TEODORA.
EL MARQUES DE RUFFO.	VIOLETA.
LUIS, gondolero.	LAURA.
MAFFEO.	DOS MUGERES ENMASCARADAS.
UN SENADOR.	
UN ESBIRO.	

Acompañamiento de máscaras, pueblo etc.

La escena pasa en Venecia en el año de 1513.

ACTO PRIMERO.

CUADRO PRIMERO.

Habitacion del Bravo en un barrio retirado de Venecia; en el fondo una ventana abierta que da al golfo. Luz la de la Luna.

ESCENA PRIMERA.

EL BRAVO con su máscara puesta recostado en un divan, EL CONDE DE BELMONTE en pie.

BRA. Por lo visto, señor, la visita que me haceis esta noche, tiene por único objeto el hablarme de vuestros asuntos, y no de asuntos concernientes á la república?

CON. Vengo á pedirte un favor, y no creo...

BRA. Que desobedezca vuestras órdenes? Es decir, que las cumpliré como si fueran del consejo de los Diez.

CON. Del que soy individuo, no te olvides de esto.

BRA. Qué puedo yo hacer en obsequio de V. E.?

CON. Mucho.

BRA. Decid.

CON. Estoy enamorado.

BRA. De Teodora, de esa cortesana... ya lo sé.

CON. Pues cómo?..

BRA. Hace ocho dias que estando yo al pie de la columna del Leon, sitio en que paso la mayor parte de mi vida, os vi entre los numerosos amantes que suelen acompañar á esa célebre Veneciana, cuando va á la Iglesia.

CON. Si, es verdad: he debido, como todo el que se precia de noble y elegante en esta ciudad, doblar mi

rodilla ante esa muger que añade á su mucha hermosura la mas asiática ostentacion: nueva Aspasia, que quiere ver á sus pies á todos los hombres célebres de su siglo, Teodora hace alarde de sus amantes como las otras mugeres de sus joyas. Teodora se muestra favorable á mi afecto; pero casi me averguenza tan facil felicidad. Bravo, escúchame con atencion: detrás del puente de la Paglia, frente á la casa del gondolero Luis he descubierto un diamante.

BRA. Pocos hay en Venecia que no se puedan adquirir con el dinero. V. E. es rico, y estoy seguro de que pronto será su único dueño.

CON. Se han desechado todas mis ofertas.

BRA. Repetidas; aumentad su valor.

CON. Todo ha sido inútil. Está bajo la custodia de un anciano venerable, que probablemente será su padre. Este anciano... lo creerias? es honrado y virtuoso.

BRA. Le compezezo! (con ironia.)

CON. Se ha atrevido á decirme, que sino dejaba de pasear su calle, no le faltarian medios para obligarme á ello.

BRA. Insolente! (con ironia.)

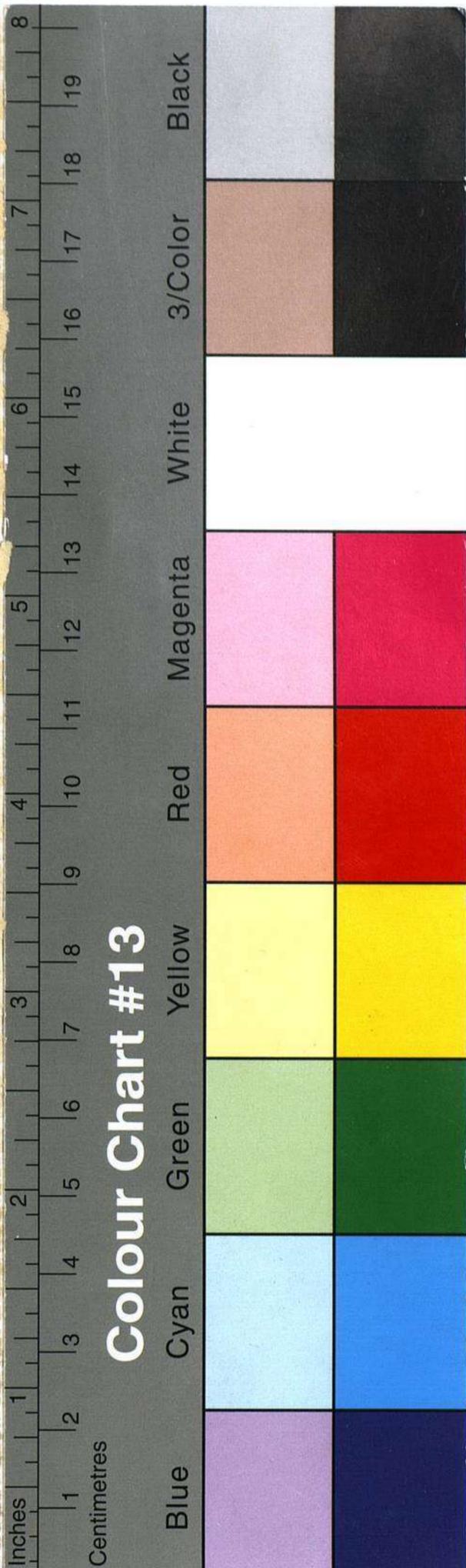
CON. Ya te puedes hacer cargo de que mi dignidad no me permite comprometerme en un lance con semejante hombre.

BRA. Cierto... esa clase de gentes deben reputarse por felices cuando un sugeto noble y generoso como vuestro, se digna seducir á su muger ó á su hija.

CON. Eso es cabalmente lo que no quiere conocer ese viejo infeliz.

BRA. Habrá insensato!

CON. De tí solo depende mi felicidad. Hace poco tiempo que ese hombre está en Venecia; nadie sabe quién es, y la opinion pública le señala como protector y no como padre de esa criatura celestial, que no conoce en este mundo ni amigos ni parientes. Huérfana desamparada, esa infeliz tiene que acogerse sin remedio bajo el amparo de la república, que es la madre de todos los desgraciados. Un hombre poderoso, un miembro del consejo de los diez, yo por ejemplo, me encargo solo por respeto á la humanidad, de ponerla en un convento, pagar ademas su dote... Hago á la capilla del monasterio el regalo de un cuadro de Rafael ó de Ticiano, y la joven es mia.



BRA. Escelente plan, señor conde, y de facil egecucion, pues supongo que tendreis sin duda alguna orden del consejo...

CON. Cómo?..

BRA. Una orden que me prescriba privar á Venecia de un anciano respetable y virtuoso, convicto de querer guardar con demasiada religiosidad el honor de una muger.

CON. Veo que no me has entendido.

BRA. Muy al contrario. Os he entendido mas de lo que pensais: pero V. E. me ha manifestado ya su deseo y ahora me toca á mi decir lo que quiero, lo que exijo; una orden del consejo.

CON. Toma, ahí la tienes. (*sacando su bolsillo.*)

BRA. (*rehusándolo.*) La república es demasiado generosa con el que la sirve bien, y al recompensarle con prodigalidad, dora mil y mil veces el cuchillo del asesino... Perdonadme, necesito una orden del consejo de los Diez.

CON. Me admira hallar en ti semejantes escrúpulos!

BRA. Yo he firmado un contrato de sangre con la república: vuestro padre era del consejo de los Diez, cuando este contrato se firmó. Solo él sabia los motivos que me pusieron en la mano este puñal, y esta careta en mi rostro; necesito una orden.

CON. Y si la obtengo, dejarás por eso de cometer un asesinato?

BRA. No; pero de él responderemos, yo delante de dos hombres, y en la presencia de Dios el consejo de los Diez.

CON. Pues bien... Tendrás lo que deseas. Ese anciano es procedente de Génova. Génova está en guerra con la república, y este hombre, que nadie conoce, es sin duda alguna, un espía de los Dorias. Basta pues; obtendré la orden y la haré clavar en esa puerta, segun costumbre del tribunal. Entonces no será á mi á quien obedecerás, sino al consejo de los Diez; entiendes? Al consejo de los Diez.

BRA. Está bien.

CON. Detrás del puente de la Paglia, enfrente de la casa del gondolero Luis.

BRA. Id con Dios, señor conde.

ESCENA II.

EL BRAVO.

Mas crímenes todavia! La república es insaciable... Aprovechemos estos momentos. (*se quita la mascarilla y la cuelga de un clavo, despues deja el puñal sobre la mesa.*) Máscara infernal! Maldecido puñal!.. qué formais parte de mi propio cuerpo, como si la mano de Dios me hubiera impreso la una en la frente y clavado el otro en la cintura... Ah! dejadme respirar un momento... Dios mio! ahora soy un hombre como todos los demás... ah!.. (*se estienda sobre el divan.*)

ESCENA III.

Dicho, SALFIERY que salta por la ventana.

BRA. Quién es?

SAL. Dios guarde á vueseñoria.

BRA. Quién eres? (*tomando el puñal.*)

SAL. Un hombre contra el que no teneis necesidad de blandir ese cuchillo; con solo una palabra, podeis matarle. Soy un proscrito.

BRA. Y á qué ha venido saltar por la ventana?

SAL. Porque probablemente no me hubieseis abierto la puerta.

BRA. Y qué quieres?

SAL. Un asilo.. por esta noche solamente.

BRA. Y si te lo niego? Qué sucederá?

SAL. Una cosa muy sencilla.... Seis años hace que he abandonado á Venecia, merced á una sentencia de muerte; pero una causa que me interesa mas que mi vida, me trae de nuevo á ella. Una lancha me ha dejado en la playa; no conozco en todo Venecia ni un amigo; pero en cambio todos mis enemigos me conocen. Tu proteccion es mi vida. Tu abandono es mi muerte... Si no me quieres favorecer, somos dos... tú tienes un puñal.... yo tengo el mio.... las armas son iguales... Si me matas, ya no tengo necesidad de asilo para esta noche; si por el contrario, te mato, encuentro lo que busco; lo mismo me dá dormir junto á un enemigo muerto, que al lado de un amigo vivo.

BRA. Y si encuentras en mi la proteccion que deseas?

SAL. No te quejarás de mi. Te estaré agradecido toda mi vida.

BRA. Dame la mano.

SAL. Tómala.

BRA. Cerremos, ante todas cosas, esta ventana.

SAL. Ahora estoy á tus órdenes. Si quieres velar te haré compañía; y si te agrada mas dormir, échate en ese divan, que yo me compondré sobre esta capa.... Escúchame.... si estás dispuesto á favorecerme en todo, te diré francamente el objeto que me trae á Venecia; el nombre de la hermosa á quien sigo, y el del hombre que busco; y si por tu medio consigo hablar á ese hombre, ó encuentro á mi adorada, serás para mi mas que un protector, mas que un amigo; serás una deidad.

BRA. Explicáte.

SAL. Estoy desterrado por opiniones políticas; solo una cosa puede hacer olvidar la patria al desterrado; el amor... Proscrito por la república de Venecia, he encontrado un asilo en la de Génova: allí ví casualmente á una jóven muy hermosa: la amé, me amó; y lo olvidé todo.

BRA. Prosigue.

SAL. Durante seis meses, ella ha sido mi único pensamiento. Veia correr con demasiada lentitud las horas del dia, porque solo de noche, gracias á un anciano que nunca la abandonaba, podia verla y hablarla. Saltaba por las paredes del jardin... Confiada en mi honradez, y pura como el primer aroma de la rosa al brillar la luz de la mañana, me abria las puertas de su habitacion.... yo enamorado y tímido como un niño, me arrojaba á sus piés buscando mi vida en sus ojos, olvidado de lo pasado; dichoso con lo presente; enagado con el placer de contemplarla; y confiado en el porvenir que me prometia dilatadas horas de amor y felicidad.

BRA. Asi entre sueños lisongeros, pasan los años de la juventud... bien presente lo tengo!

SAL. Una noche fui, segun costumbre, y me encontré abierta la habitacion de Violeta.

BRA. Violeta?

SAL. Asi se llamaba... Por ventura algun recuerdo....

BRA. Si. Yo tambien he amado á una muger que se llamaba Violeta.

SAL. Tú?

BRA. Por ella abandoné á Venecia: á Venecia, que no creí tornar á ver jamás, y á la que he vuelto por mi desgracia... Ay! Hace ya diez y seis años... mi Violeta murió!... Es la primera vez que en diez y seis años he oido pronunciar este nombre... y por eso me ha conmovido.... Lo ves?.... Estoy llorando como un niño... Continúa.

SAL. Subo precipitadamente la escalera; entré en su

cuarto... y no estaba. Diríjome con la mayor velocidad á la alcoba de su padre, á riesgo de encontrarme con él, y estaba tan sola como la de Violeta... Habia en el suelo cartas rotas y á medio quemar... Reuno varios pedazos; y me encuentro una orden dada á aquel viejo... no sé por quién, para conducir inmediatamente la jóven que le estaba confiada... á dónde?... El nombre de la ciudad no se leia... Violeta habia partido... Vuelvo á su cuarto, furioso, desesperado... pidiendo á gritos una sola señal; pronto mis ojos se clavan en un espejo, y veo escrito con un diamante, y de mano de Violeta, esta palabra, esta sola palabra: *Venecia*. Entonces lo olvido todo... proscripción... sentencia de muerte... cadalso... parto y heme aqui.

BRA. Y qué piensas hacer ahora? En medio de una policía secreta en extremo activa y vigilante, y que tal vez á estas horas sabrá...

SAL. Lo sé, y por lo mismo mi empresa es tan arriesgada como mi posición. Escúchame: no te he confiado mas que la mitad de mi secreto, pues recordarás que te dije al principio que mi venida á Venecia tenia por objeto buscar á un hombre y á una muger. La muger es Violeta.

BRA. Y el hombre?

SAL. El Bravo.

BRA. El Bravo?

SAL. Le conoces por ventura?

BRA. Y quién no le conoce en Venecia?

SAL. Dónde vive?

BRA. Solo el consejo de los Diez puede responder á esa pregunta.

SAL. Dónde se le encuentra?

BRA. En la Piazzeta... al pie de la columna del Leon... triste... é inmóvil, especie de cadalso ambulante, levantado eternamente en la plaza pública de Venecia.

SAL. Y qué se dice de ese hombre?

BRA. Mil cosas extraordinarias.

SAL. Pero la verdad, cuál es?

BRA. Solo Dios y él pueden decirla; los demás se engañan... yo te lo aseguro.

SAL. Y cuál es tu parecer?

BRA. Ninguno.

SAL. Está bien... he de verle. Tres son los medios que tengo para que un hombre haga lo que yo quiero: tres y seguros.

BRA. Cuáles son?

SAL. La súplica, recurso á su humanidad... el dinero, recurso á su avaricia... la amenaza, recurso á su debilidad.

BRA. La súplica... El Bravo ha oido mas súplicas que San Ambrosio, patron de esta ciudad, y no se cuenta de una que le haya enternecido. El dinero... El Bravo ha recibido tanto de la república, que bien podia haber comprado un palacio, si fuera su ambicion la de dormir en soberbias habitaciones de mármol y de jaspe. Las amenazas... El Bravo á fuerza de emplearlas, ha perdido la costumbre de oirlas.

SAL. Pero qué, se ha agotado la sensibilidad en el corazón de ese hombre?

BRA. Si.

SAL. No tiene madre?

BRA. Una tenia, y Dios se la arrebató en un momento de cólera.

SAL. No tiene una muger que le ame?

BRA. Una tenia, y él mismo la mató en un momento de celos.

SAL. No tendrá padre? (*el Bravo inclina la cabeza, corren sus lágrimas, y su fisonomia toma un aspecto doloroso.*) Si... le hablaré... le suplicaré por su padre...

es preciso que yo vea esta noche á ese hombre?

BRA. Y qué le vas á pedir?

SAL. Querido huesped, ese es mi secreto.

BRA. Nada te puede disuadir de buscar á ese hombre?..

SAL. Nada; mi única esperanza es él.

BRA. Siendo asi... le verás.

SAL. Cuando? (*se oyen tres golpes á la puerta.*)

BRA. Espérate. (*vá á la puerta, y encuentra la orden del consejo: vuelve á la escena con ella en la mano: coge su capa, y esconde debajo su máscara y su puñal.*)

(Han firmado... Dentro de una hora.)

SAL. Dónde le encontraré?

BRA. Detrás del puente de la Paglia, frente á la casa del gondolero Luis.

SAL. Dentro de una hora?

BRA. Dentro de una hora.

SAL. Está bien... no faltaré.

FIN DEL CUADRO PRIMERO.

CUADRO SEGUNDO.

Al primer bastidor, y en ambos lados, dos puertas abobedadas y salientes: mas allá dos callejuelas una enfrente de otra. En el fondo, el puente de la Paglia. A lo lejos, la vista del gran canal.

ESCENA PRIMERA.

Es de noche. El BRAVO junto á la puerta de Luis: este por el fondo en su góndola.

LUIS. «Tu nombre, ó mi Laura, suena (*cantando.*)
en las ondas de este mar;
tu nombre los aires llena;
yo le escucho sin cesar.»

(*ata la góndola y continúa cantando.*)

«Deja, hermosa de mi vida,
deja tu dulce mansion,
ven, la pasión atrevida
á calmar del corazón.»

(*al acercarse á su puerta, le detiene el Bravo.*)

BRA. Silencio, Luis.

LUIS. Ay señor!.. Yo no he conspirado contra la república.

BRA. Oyeme.

LUIS. Ya escucho.

BRA. Vas á entrar en tu casa.

LUIS. Si señor.

BRA. Si llaman á tu puerta, no abras.

LUIS. Está bien.

BRA. Si oyes gritos y lamentos, no salgas.

LUIS. Está bien.

BRA. Y si por casualidad hay en tu casa alguna luz encendida, que pueda comunicar su reflejo á la calle, apágala al momento.

LUIS. Al instante.

BRA. Que abren esa puerta. Adios. (*Luis entra cerrando la puerta tras si. El Bravo se aleja por una de las callejuelas. Se abre la puerta que está frente á la de Luis. Maffeo sale el primero, y en seguida Teodora con Violeta.*)

ESCENA II.

MAFFEO, TEODORA, VIOLETA.

MAF. Con vuestro permiso, señora... me pareció haber oido...

TEO. Mira con cuidado, Maffeo.

MAF. Me engañé: á nadie se vé.

VIO. Tardareis mucho en venirme á ver?

TEO. Te agradan mis visitas, hija mía?

VIO. Me pareis tan amable... soy tan feliz cuando estoy á vuestro lado... y por otra parte, parece que me amais tanto! Ya se vé! Una pobre huérfana, abandonada, no de ti, Maffeo, padre mio, sino de mi madre...

TEO. Tu madre!.. No la acuses, hija mia, sin saber los motivos que la obligan á proceder contigo de esta suerte. Tal vez ella siente mas que tú el estar separada de su hija, y no olvides, Violeta mia, que no hay en la presencia de Dios acusacion tan terrible como la de un hijo contra su madre.

VIO. Ay! Yo no me quejo de que me abandone; lloro su ausencia.

TEO. Abrázame, querida, abrázame. (*abrazándola.*)

MAF. Olvidais, señora, cuán peligroso es...

TEO. Si, es verdad; retírate, Violeta: el aire de la noche es dañoso en sumo grado.

VIO. Y cuándo volveréis?

TEO. Mañana... tal vez no... pasado mañana...

VIO. Cuán buena sois! (*la besa la mano y se retira.*)

TEO. Oh, Maffeo! Encantadora criatura! Cuánto me pesa haberla tenido tan apartada de mí!

MAF. Ya veis si yo tenia razon cuando os decia en mis cartas, que os privabais de una felicidad suprema.

TEO. Si, Maffeo; pero temia que llegase á sus oídos mi funesta celebridad; esta celebridad que me llena de vergüenza y de remordimientos. No hay cosa tan terrible para una madre... cual yo... como la presencia de una hija pura como los ángeles.. Maffeo, llama á Luis.

MAF. Pero Violeta al fin lo ha de saber... (*toca á la puerta de Luis.*)

TEO. Si, si... dentro de seis meses, dentro de un año... La llevaré á Nápoles, á Roma, á Francia, á donde no haya llegado todavia el nombre de Teodora. Entonces se lo confesaré todo, y si estás todavia con nosotros, le dirás que he sido pura y cándida como ella; que me has conocido amada y digna de serlo... que el infeliz que me iba á dar la mano en los altares, en un momento de celos..... Oh! Sino hubiera sido por esa criatura que llevaba en mis entrañas, y que forma en el dia toda mi esperanza y mi felicidad, habria sentido mil veces lo poco profunda que fué la herida de mi querido Juan.

MAF. Muy bien, Teodora, ahora decis eso; pero lo decis en una calle sombría y estraviada de Venecia, y conmovida todavia por los abrazos de vuestra hija, y no en el palacio de la Piazzetta, en medio de aquel lujo que os deslumbra, de las alabanzas que os envanece, y de una ardiente juventud, que besa vuestros pies, como los de una reyna, y os dice dia y noche: «Teodora, Teodora! Qué hermosa sois!» Allí seguramente os acordais de la poca profundidad de la herida de un celoso, pero es por la pequeña señal que os ha dejado, y que quisierais borrar enteramente.

TEO. Si, lo confieso: mi vida, si no es vida de felicidad, es vida del placer... Pero... Luis no viene... (*Maffeo llama otra vez.*) Sabes, Maffeo, que voy á tomar á ese hombre á mi servicio? Soy demasiado conocida en Venecia para que este hombre no sepa ya quién es la muger disfrazada que viene á verte la mayor parte de las noches.

MAF. Vamos; mejor será que os conduzca yo mismo. La góndola de Luis está amarrada con cierto nudo que conozco; si quereis...

TEO. Con mucho gusto... que frío es este aire que viene del golfo... Que pálida voy á estar mañana!

MAF. Cuánto cuidado tenéis de esa hermosura, que os es tan perjudicial!

TEO. A pesar de tanto esmero, desaparecerá muy pronto, y llegará el tiempo de...

MAF. De pensar en Dios... mas decidme, ¿será tiempo entonces de que Dios piense en Teodora? (*se embarcan en la góndola y desaparecen.*)

ESCENA III.

El BRAVO, á poco SAIPIERY.

BRA. Es admirable la facilidad con que todo se combina para cometer una mala accion!.. ¿Quién llega?

SAL. Uno que te busca.

BRA. ¿Sabes quién soy?

SAL. El Bravo.

BRA. Y vienes á verme de esa manera, de noche, sin la menor desconfianza?

SAL. Si, la tenia; mas era de no hablarte.

BRA. Pues bien, aqui estoy.

SAL. (*Esta voz...*) Déjame examinarte con cuidado.

BRA. A quién buscas?

SAL. A ti... si; eres el mismo... tu careta negra... tu ademán y postura... todo, todo lo dice. A tu presencia se abren las puertas de las casas, sin que sus dueños opongan la menor resistencia.. Delante de ti desaparecen los velos que cubren la sonrisa de las hermosas... Tú puedes agarrar por el brazo á quien quieres, llevarlo á donde te acomoda: entrar y salir libremente en Venecia, tanto de dia como de noche.

BRA. Todo eso puedo.

SAL. Y á quién debes ese privilegio?

BRA. A mi máscara y á mi puñal.

SAL. ¿Y si yo los llevara, tendria la misma facultad?

BRA. Si; teniendo el mismo valor.

SAL. Préstamelos pues.

BRA. ¿Qué decis?

SAL. La verdad; lo que siento, lo que quiero; á toda costa necesito por dos dias tu máscara y tu puñal. Es preciso que delante de mí se abran todas las puertas y caigan los velos de todas las hermosas de Venecia; es preciso que pueda entrar y salir libremente en esta ciudad, y para todo esto necesito tu máscara y tu puñal.

BRA. Pero durante dos dias serás lo que yo he sido por mucho tiempo; el terror y la execracion de Venecia?

SAL. No importa.

BRA. ¿Durante estos dos dias harás tú lo que yo estoy obligado á hacer?

SAL. Si.

BRA. Si recibes alguna orden del consejo de los diez...

SAL. La cumpliré al momento.

BRA. ¿Y si esta orden te manda cometer algun asesinato?

SAL. Basta: venga tu máscara y tu puñal.

BRA. ¿Insensato!.. ¿Sabes por ventura lo que es mirar al mundo al través de esta careta? ¿No sabes que todo lo funesta y ennegrece? ¿Que el aire de la vida no llegará puro á tu corazon, y que el rayo del sol no reanimará tu semblante decaído con la sombra y humedad de la noche?... ¿No sabes que no podrás quitártela, sino cuando estés solo, y que cada vez que te la quites encontrarás tus ojos mas hundidos, y tu semblante mas amarillento? ¿No lo sabes?

SAL. Lo sé...

BRA. ¿No sabes que el dia del juicio final, aunque no hubieras llevado esta máscara sino una hora, si esta hora fué de sangre y esterminio, el ángel de la muerte vendrá á clavártela en la cara, y no podrás mirar á Dios con la libertad y orgullo del inocente? ¿No lo sabes?

SAL. (*impaciente.*) Dame esa máscara y ese puñal.

BRA. Mi puñal! Tú crees sin duda que es una arma leal,

que hiere de dia; cara á cara, y con valor... no, no... es una arma que solo sirve de noche... es el arma de los traidores.

SAL. No importa.

BRA. Apenas la tengas en la cintura, te será preciso desnudarla para herir... á un anciano tal vez! (*viendo la góndola de Maffeo que vuelve; movimiento de Salfieri.*) ¿Te arrepientes?

SAL. A cada momento puedo ser reconocido. Por última vez te lo digo... ¿puedes y quieres darme tu máscara y tu puñal?..

BRA. Insensato! Lo puedo y lo quiero... porque dos hombres solamente le han visto la cara al Bravo. Escúchame, eres un proscripto... Y tu vida está en mis manos... ¿Por cuánto tiempo haces este préstamo espantoso?

SAL. Por dos dias.

BRA. Júrame pues, que en dos dias no me volverás esta máscara y este puñal... que en dos dias no dirás á nadie quién soy, ni quién eres... Júramelo por lo mas sagrado.

SAL. Te lo juro.

BRA. Recibo tu juramento... (*se oyen dar las doce.*) ¿oyes?.. Las doce.

SAL. Dentro de dos dias, á las doce de la noche.

BRA. Ni una hora, ni un minuto, ni un segundo mas.

SAL. Lo vuelvo á jurar... ni antes de la primera campaña, ni despues de la última.

BRA. Aguarda.

(El Bravo se dirige al fondo, baja el pretil y desaparece á los ojos del espectador. A poco tiempo se oye un gemido y el ruido de un cuerpo que cae al agua. Salfieri permanece inmóvil en la escena. El Bravo vuelve con el puñal desnudo y ensangrentado.)

(*mostrándole el puñal.*) Le quieres todavia? (*quitándose la máscara.*) Los quieres?

SAL. (*apretándole la mano.*) Gracias, mi querido huesped, gracias.

BRA. Dentro de dos dias... á media noche.

SAL. Si... dentro de dos dias, á media noche.

ACTO SEGUNDO.

CUADRO TERCERO.

La Piazzetta. A la izquierda en el primer bastidor el pórtico de la iglesia de San Marcos; mas allá se descubre parte de la escalera de los gigantes, practicable. Casi enfrente la columna del Leon, á la derecha, en el último bastidor, el palacio de Teodora. El fondo representa la vista de la gran plaza de San Marcos.

ESCENA PRIMERA.

El BRAVO, solo, en traje de rico señor dalmata.

BRA. Salve, fresca brisa de los Apeninos, te reconozco por esa dulce fragancia que nos traes de Florencia. Ah! Ahora si, Venecia, que te presentas á mis ojos cual otro tiempo te vi en mis tiernos y dichosos años. Voy á vivir dos dias con la vida de los hombres dichosos... Un insensato me reemplaza, y como yo tengo costumbre de hacerlo, aguarda las órdenes del consejo en el palacio Ducal. Confio en que durante estos dos dias no tendrán ninguna que darle... y yo durante estos dos dias, con la indiferencia en el semblante y la risa en los labios... podré intentarlo todo... si, todo... para arrancar de las cárceles del palacio á la prenda que responde por el Bravo.

ESCENA II.

EL BRAVO, LUIS, GONDOLEROS.

GON. 1.º Con que estaba como dices... tendido á la larga... en el suelo?

LUIS. Si; ni mas ni menos.

GON. 2.º Y muerto?

LUIS. Oh, muerto!.. La puñalada que le habian dado era como para un joven que tuviera aun sesenta años de vida.

GON. 1.º Pobre anciano, que asesinato tan infame!.. Ha muerto como un turco y no como cristiano.

GON. 2.º Pero estás cierto de que sea alguna nueva hazaña de ese Bravo maldito?

LUIS. Si, lo estoy; como que me ha faltado poco para salvar á Maffeo.

TODOS. ¿De veras?

LUIS. Yo llegué alli el primero... y en cuanto el Bravo me vió.

GON. 1.º Echó á correr?

LUIS. No... lo que es eso no, y aun debo decir en honor de la verdad, que mostró cierto valor... pero sin embargo, debe de tenerme unas ganas...

BRA. (*riendo.*) No lo creas, Luis; estas muy equivocado.

LUIS. ¿Que manda V. E.?

BRA. Digo que lejos de tenerte el Bravo ojeriza, debe darte una recompensa.

LUIS. ¿Por qué?

BRA. Porque todo servicio la merece, y tú la has ganado con tu ciega sumision á sus órdenes.

LUIS. ¿Yo?

BRA. Si, tú. ¿No te encerrastes en tu casa cuando te lo mandó? ¿No te estuvistes muy quietecito en ella, porque te dijo que no te movieras? ¿No te distes prisa á apagar la luz para aumentar la oscuridad de la noche, y para que nadie pudiese ser testigo de la muerte?

LUIS. (*haciéndose atrás.*) ¿Si no sois Satanás... quién diablos sois?

BRA. Soy un señor Dalmata... natural de las costas de Cattaro, cuyos habitantes son, como todos saben, dados al estudio de la magia.

LUIS. (*santiguándose*) ¡Jesus!

ESCENA III.

Dichos, LAURA; á poco el MARQUES DE RUFFO.

LAU. Luis, Luis, albricias.

LUIS. Ola, muchacha!.. Por qué vienes tan alegre?

LAU. Porque traigo buenas noticias. Vengo á decirte que desde hoy entrarás al servicio de la señora Teodora... eu calidad de gondolero de confianza.

LUIS. ¿De veras?

LAU. Vamos... estás contento?

LUIS. Contentisimo... quiero decir, contento, por lo que pertenece al cuerpo, porque es una ocupacion muy agradable... pero en cuanto al alma, te confieso que me hace cosquillas la conciencia.

LAU. Oh, pobrecito... Dios mio! Aquí viene otra vez el marqués.

LUIS. ¿Qué marqués?

LAU. El marqués de Ruffo, que me viene siguiendo.

LUIS. Ola! con que te viene siguiendo?

LAU. Eh! no pongas mala cara por eso, celoso... me sigue, pero no es por mi.

LUIS. Y hace bien.

LAU. Calla... ¿y por qué?

LUIS. Porque si tuviera esa audacia...

LAU. ¿Qué sucederia?

LUIS. Tendría que habérselas con un hombre que busca bace tiempo la ocasion de...

LAU. Pues bien... amigo mio, ahora se presenta.

LUIS. ¿Eh?

LAU. Y darás al mismo tiempo á tu señora una prueba de afecto que te agradecerá.

LUIS. Esplicate.

LAU. Ese caballero persigue á la señora Teodora á todas horas y en todos sitios.

LUIS. ¿Y qué quiere?

LAU. Su amor.

LUIS. ¿Es rico?

LAU. Si.

LUIS. Entonces tiene mas que comprarlo?

LAU. Si, pero es rico y no mas... mirale, ahí le tienes. *(el marqués de Ruffo sale haciendo como que busca á alguno.)*

LUIS. Ah! Pues á mi me parece muy bien ese señor.

LAU. ¿Qué dices?

LUIS. Que tiene un aire muy noble, y que tu señora hace muy mal si lo desdeña.

LAU. Eso no nos importa á nosotros, y pues ella manda que la libremos de él...

LUIS. Tu señora no tiene derecho para impedir que un caballero tan noble como el marqués de Ruffo...

LAU. ¿Quieres que te diga una cosa, Luis?

LUIS. Di.

LAU. ¿Y que te hable con franqueza?

LUIS. Con franqueza.

LAU. Eres un cobarde.

LUIS. Yo!

LAU. Si, tú... y si alguno viene á ofrecerme el brazo para librarme de ese jóven, se llevará la recompensa que te guardaba.

LUIS. ¿Que recompensa?

LAU. Un abrazo... con que asi deja que me de alguno el brazo, ya veras...

BRA. *(acercándose y ofreciéndola el brazo.)* Aquí teneis lo que pedis, hija mia.

LAU. Como! ¿Su señoria se digna...

BRA. Con muchisimo gusto.

LAU. Mil gracias.

LUIS. *(alejándose.)* ¡Otra vez este demonio de hombre!

RUF. *(descubriendo á Laura.)* Ah! Allí está.

LAU. Ya viene hácia nosotros.

BRA. Ahorrémosle la mitad del camino.

RUF. Gracias á Dios que te encuentro, querida Laura.

LAU. Dios mio! señor marqués... cuándo dejarais de atormentarme?

RUF. Cuando te hayas encargado de entregar esta carta á tu señora.

LAU. Pero señor marqués, ya sabeis que no puedo.

RUF. Por qué?

LAU. Os he dicho que mi señora me lo ha prohibido.

RUF. Y por qué te lo ha prohibido?

LAU. Porque no os ama.

RUF. Y por qué no me ama?

BRA. Porque sois un tonto.

RUF. *(retrocediendo un paso.)* Caballero...

BRA. *(adelantándose un paso.)* Señor marqués...

LAU. *(soltando el brazo del Bravo.)* Ay Dios mio!

RUF. *(desenvainando la espada hasta la mitad.)* Habeis dicho una palabra que hará salir este acero de su vaina.

BRA. Y voy á deciros otras, que le harán volver á entrar; señor marqués de Ruffo, vuestro tio el senador, que era tan rico, y del que erais único heredero, murió de repente, y fué enterrado con mucha precipitacion.

RUF. Qué decis?

BRA. Digo, que si los enterradores hubiesen examinado su cadáver...

RUF. *(envainando la espada.)* Silencio, por Dios!

BRA. No lo dige?

RUF. Pero, quién sois vos, mi dueño, para saber tales secretos?

BRA. Un rico mercader del golfo Pérsico, que he venido á Venecia por Bagdad y Jerusalem, y que durante las noches de mi viage, me he entretenido en leer en las entrellas... Laura? *(volviéndose á ella.)*

LAU. Señor?

BRA. No tienes que temer, ya no volverá á incomodarte ese jóven.

LAU. Aquí viene mi señora... Con vuestro permiso...

BRA. Ah! La hermosa Teodora... La Aspasia de nuestra época, que transforma el siglo de Julio II en el de Pericles, Venecia en Atenas, y á Belmonte en Alcibiades.

ESCENA IV.

Dichos, TEODORA, BELMONTE, caballeros jóvenes.

TEO. *(con aire burlon.)* Sabeis, señor conde, que vuestro amor es enteramente caballeresco?

BEL. Y vos os burlais de él, con la mayor crueldad, sin pensar que es un amor que me volverá loco.

TEO. En llegando ese caso, mi buen conde, rogaremos al Ariosto, que en prueba de la amistad que me profesa, os haga ensillar el hipógrifo, y os dé un pasaporte para la luna; pero os prevengo que soy un poco difícil en cuanto á pruebas de locura.

BEL. Y por qué?

TEO. Porque me han mimado tanto, que me han echado á perder; mirad esta sortija.

BEL. Es puramente un anillo de boda.

TEO. Si, pero es el anillo de las bodas del Dux con el mar... Hace tres años que estaba yo en una de las góndolas mas inmediatas al Bucintoro, cuando el Dux arrojó este anillo al Adriático... me ocurrió decir que al que me presentase aquella sortija, le daría cuanto me pidiera: al mismo tiempo oi un grito... Un caballero español, cuya barca se hallaba junta á la mia, acababa de arrojar al mar... Dos veces le vi salir y desaparecer de nuevo, hasta que á la tercera, se dejó ver nadando con solo una mano, y presentándome con la otra la sortija que yo deseaba.

BEL. Y despues?

TEO. Cumpli mi palabra...

BEL. Pues bien, señora, poned mi amor á alguna prueba semejante.

TEO. *(señalando al Bravo.)* Mirad á ese señor Dalmata que lleva al cuello una riquísima cadena megicana.

BEL. Dios guarde á Vuecelencia. *(dirigiéndose al Bravo.)*

BRA. Dios os guarde!

BEL. *(tentando la cadena.)* Vuecelencia posee una alhaja preciosa.

BRA. Si, es una cadena de oro que he comprado en Sevilla... fué un tiempo de Cristóbal Colon, quien se la dió á su carcelero para que le procurara pan menos negro y agua mas pura.

BEL. Cristóbal Colon me importa á mi muy poco; necesito esa cadena, y la pagaré con oro ó con acero... con el bolsillo, ó con la espada.

BRA. Ni con lo uno, ni con lo otro, señor mio; esta cadena está ya prometida al conde de Belmonte.

BEL. Qué decis?

BRA. Que me la ha mandado á pedir para dársela á una jovencita que vive detrás del puente de la Paglia, en-

frente de la casa del gondolero Luis, y á la cual espera seducir con este regalo.

TEO. (Violeta!... Con que es él el desconocido de quien Maffeo me ha hablado?)

BEL. Y quién sois vos?

BRA. Soy un alquimista de Ferrara, que busca la piedra filosofal, y que en tanto que la encuentra, se divierte en decir la buena ventura á los caballeros jóvenes y á las buenas mozas.

TEO. (tomándole del brazo.) Conde de Belmonte, creo que en el caso del caballero español, en vez de zambulliros á treinta pies de profundidad para ir á buscar la sortija... hubierais aguardado á la muerte del Dux, con ánimo de casaros con el mar en segundas nupcias... hubierais sido mas prudente. Vamos á la iglesia, y como somos gente de razon, roguemos por los insensatos.

BEL. Vamos, señora, pero espero que no creereis una palabra de lo que ha dicho ese despreciable adivino.

TEO. Oh! ya hablaremos de eso durante la funcion de esta noche.... Pero dejemos las cosas profanas.... Señores, entremos en San Marcos. (entran en la iglesia.)

LUIS. Chito, no oyes?

LAU. Qué ruido es ese?

VOCES. (dentro.) Justicia! Justicia!

LAU. Es algun alboroto del pueblo. Me marchó.

LUIS. Y yo me quedo... ya te contaré lo que ocurra.

ESCENA V.

Dichos, VIOLETA, gente del pueblo.

VOCES. Al palacio ducal!.. al palacio ducal!...

BRA. Qué es esto?

LUIS. Ah! es la jóven y el pueblo que vienen á pedir justicia por la muerte del anciano.

BRA. Cosa rara! Oir pedir justicia por una muerte en las calles de Venecia!

VIO. Oh! Dejadme!.. Por piedad... dejadme!

VOCES. Justicia! Justicia!

VIO. Si... justicia... yo la pido tambien... Pero me asustais con vuestros gritos. Dios mio! Dios mio!

UN HOMBRE. No, no... el pueblo pide justicia, y la obtendrá. Te llevaremos en nuestros brazos á presencia del tribunal, hasta los pies del Dux, y pediremos justicia.

VIO. Pero antes vais á causar mi muerte. Piedad, piedad! (cae de rodillas.)

BRA. (estendiendo las manos sobre Violeta.) Dejad á esa jóven; las caricias del pueblo, son como las del Leon, que ahogan. Ven, hija mia, y respira con libertad, (cogiendo á Violeta de la mano.)

VIO. Ah! Gracias! Vos sois mi ángel tutelar. (échase el mezzaro sobre la cara.)

BRA. Vamos, y qué es lo que vosotros quereis ahora? Hablad.

UN HOMBRE. Un anciano llamado Maffeo ha sido inicua-mente asesinado... Era un honrado plebeyo que no habia ofendido á la república... pero le han muerto en nombre de ella, queriendo así ocultar alguna venganza particular ó algun infame proyecto; le han muerto villanamente, y por lo mismo pedimos justicia.

BRA. Y tú, qué es lo que quieres, hija mia?

VIO. Yo no quiero nada... nada mas que llorar á mi padre... porque él me servia de padre. Yo estaba en mi casa... Toda esta gente ha entrado en tropel trayendo el cuerpo ensangrentado de Maffeo... Y después me han cogido y me han traído aqui sin apiadarse de mis lágrimas... Sin que yo supiese donde iba,

hablándome de sangre y de muerte, y pidiendo justicia.

BRA. Y contra quién pedis justicia? (al pueblo.)

UN HOMBRE. Contra el Bravo.

BRA. Mucho atrevimiento tienes tú. Y en nombre de quién pedis justicia, cuando ni la nobleza ni el senado se atreven á pedirla?

UN HOMBRE. La pedimos en nombre del pueblo.

BRA. Y si os la niegan?

UN HOMBRE. Nosotros nos la tomaremos.

BRA. Aun no ha llegado el tiempo, y el viento se llevará vuestras palabras. (á Violeta.) Y tú, pobre jóven, quieres tambien justicia? Quieres tambien la muerte del Bravo?

VIO. Lo que yo quiero es un retiro donde poder rogar á Dios y llorar.

BRA. Llorar!.. llorar!.. Pobre niña! (Tal vez repararé el mal que te he hecho.) Si, tú necesitas un retiro, porque eres un ángel; eres demasiado pura y hermosa para vivir entre los hombres.

UN HOMBRE. En fin, es preciso que alguno ampare á la huérfana desvalida, y sino se presenta nadie, es preciso que el Dux la sirva de padre, y Venecia de madre.

BRA. El Dux es un padre inflexible... Venecia es una madre relajada y corrompida... Ni uno ni otro merece tener semejante hija; no teneis ningun pariente en el mundo?

VIO. Ninguno, señor.

BRA. Y no conoceis á nadie en esta ciudad?

VIO. A nadie... á no ser á una señora muy hermosa que solia venir á verme de cuando en cuando, y que me manifestaba mucho cariño.... No sé ni siquiera su nombre... Maffeo poseia ese secreto, y se lo ha llevado consigo á la tumba.

BRA. Y deseais encerraros en un claustro? Podeis pagar el dote necesario?

VIO. No poseo nada.

BRA. Ya lo ois: esta jóven desea retirarse á un convento... pero no tiene con que pagar el dote... yo se lo pago... esta jóven es huérfana y no tiene amparo alguno: yo se le prestaré... Soy rico, y la adopto... teneis reparo en ello?

UN HOMBRE. No, si ella acepta.

BRA. Aceptas, hija mia?

VIO. Si, porque el cielo sin duda os envia á la pobre huérfana, para guardarla y defenderla.

UN HOMBRE. Siendo así, idos, y hágaos el cielo felices.

BRA. (aparte, echándola el brazo al rededor del cuerpo, y oprimiéndola contra su pecho.) Belmonte, ya será tarde cuando vengas á buscarla. (al pueblo.) Abrid paso al padre y á la hija.

PUEBLO. Viva el desconocido! Muera el Bravo!

OTROS. Viva el extranjero! Muera el Bravo!

TODOS. Muera!

(El pueblo se precipita en tropel hácia la escalera de los Gigantes: al mismo tiempo aparece Salfieri en lo alto con el traje del Bravo y la máscara. El pueblo enmudece al verle, y va bajando paso á paso los escalones á medida que Salfieri baja tambien con lentitud, y apuntándole en silencio, le abren camino, retrocediendo hácia ambos lados del teatro, hasta que llega á su puesto al pie de la columna del Leon.)

FIN DEL CUADRO TERCERO.

CUADRO CUARTO.

El oratorio de Teodora.

ESCENA PRIMERA.

LAURA, á poco LUIS, que llama á la puerta y entra.

LAU. Eres tú, Luis? (después de haberle abierto la puerta.)

LUIS. El mismo.

LAU. Y á qué vienes aquí?

LUIS. No soy el gondolero de confianza de la señora?

LAU. Si, pero el sitio del gondolero...

LUIS. Es la góndola... tienes razon; pero yo me he dicho á mi mismo: si aprovechase el momento en que la señora Teodora no está en casa para ver su palacio, de que tanto se habla en Venecia, mejor seria que estarme parado en la Piazzetta, recibiendo los empujones de tanta gente como acude á estas horas. Por san Ambrosio que merece su reputacion! (mirando.)

LAU. Silencio! La señora.

ESCENA II.

Dichos, TEODORA seguida de BELMONTE.

TEO. Quién es este hombre?

LAU. El nuevo gondolero que vuestra señoría ha tomado á su servicio.

TEO. Salid.

ESCENA III.

TEODORA, BELMONTE.

TEO. Os lo digo con franqueza, conde; sois el hombre mas pesado de Venecia.

BEL. Decid el mas enamorado, hermosa Teodora.

TEO. Triste es entonces que ese amor tan obstinado, venga á estrellarse en una voluntad tan fria como la mia... Creo, Dios me perdone, que si se os hubiera puesto en la cabeza el ser un grande hombre con esa misma perseverancia, hubierais llegado á la mitad del camino.

BEL. Pensé, Teodora, que un nombre tan ilustre como el mio, seria para vos de algun precio.

TEO. Lo tendria sino quisierais deber á él solo todos vuestros merecimientos.

BEL. El nombre de los Belmontes está escrito en la mesa de mármol, y en el libro de oro, y allí permanecerá mientras Venecia se cuente entre las ciudades del mundo, y se alce coronada como reina del Adriático.

TEO. Si Venecia es reina del Adriático, yo soy la reina de Venecia, como ella poseo yo mesas de mármol y libros de oro, donde he hecho inscribir mil nombres ilustres; pero estos nombres vivirán en la prosteridad cuando Venecia no exista. Habeis dirigido una mirada sobre los cuadros que adornan mis salones? El nombre de Miguel-Angel debajo de una Sacra familia... el de Rafael escrito en una pintura de Nuestra señora de las Ruinas: aquella santa Cecilia para la cual he servido yo misma de modelo; tiene la firma de Julio Romano: tales son mis mesas de mármol segun yo las entiendo... Ahora leed: este soneto es de Guichardino; esta estrofa del Ariosto; esta máxima de Maquiavelo, esta canzonetta del Trisino: he aqui mi libro de oro, todas estas cosas han sido hechas para mi: por eso os he dicho que era reina, y esta corona vale tanto como la del Dux!.. Pues bien, conde del Belmonte, aun hay lienzos, aun hay páginas

en blanco; tomad una pluma, un pincel, y añadid un florón á los que ya la engalanan.

BEL. Hay hombres que han venido al mundo para hacer libros y cuadros, y otros que han nacido para comprarlos. Hay en el palacio del Dux algun cuadro que os guste? Yo le cubriré de zequies... Deseais el manuscrito original de Orlando el furioso ó del Príncipe? Hablad, y al punto iré á buscar al Ariosto ó á Maquiavelo y les ofreceré en cambio la presilla de este sombrero, que los enriquecerá, á tal punto, que no tendrán ya que ejercer un vil oficio para vivir. Pero un pincel, ó una pluma afearian lastimosamente los cuarteles del escudo de un Belmonte.

TEO. Pues bien!.. Entonces, señor conde, tomad la espada de Doria, ó el puñal de Fiesco, pelead por la república, ó contra la república; haceos general ó conspirador; en vez de conde de Belmonte apellidaos Belmonte el victorioso, ó Belmonte el proscrito; adquirid alguna celebridad, y entonces decidme: Teodora, yo os quiero... Y seré vuestra. (riendo.)

BEL. Es decir que hasta entonces...

TEO. Hasta entonces será preciso que os contenteis con comprar cadenas de oro, para las jóvenes que viven detrás del puente de la Paglia, en frente de la casa del gondolero Luis.

BEL. Muy bien, señora; seguiré vuestro consejo, y voy ahora mismo á llevársela. (vase.)

TEO. Oh! allí estaré yo antes que tú, conde de Belmonte, y te juro que buscaré para ella un asilo tan oculto, que no volverás á descubrirla... Laura, Luis.. Laura?..

ESCENA IV.

LUIS, LAURA, TEODORA.

LAU. Señora?

TEO. A Luis que venga al punto con su góndola.

LAU. Luis?

LUIS. Señora!

TEO. Vas á conducirme enfrente de tu casa, detrás del puente de la Paglia, á casa del anciano Maffeo.

LUIS. Vuestra señoría vá á su entierro?

TEO. Qué es lo que dices?

LUIS. Maffeo ha sido asesinado ayer.

TEO. Maffeo... ese anciano!.. Y su hija... la joven que estaba en su casa?

LUIS. La señora...

TEO. Violeta... dónde está?... Qué se ha hecho de ella?..

LUIS. Un extranjero se la ha llevado esta mañana.

TEO. Dios mio!... Explícate... Deliras?... No comprendo...

LUIS. Maffeo ha muerto. La joven conducida esta mañana á la plaza pública por el pueblo que pedia justicia, ha sido adoptada por un extranjero, que nadie conoce en Venecia; pero que conoce á todos.

TEO. Y ese extranjero?..

LUIS. Se la ha llevado.

TEO. Cielos!.. Qué corazon habrá que resista tan horrible golpe? Y cuándo, á qué hora ha venido á despedazar el mio!.. Cuando yo estaba en la iglesia, no es así? Cuando rezaba!.. Quién me digera entonces que tan cerca de mi... á dos pasos no mas!... Infeliz!... A quién dirigirme en Venecia para encontrar á esa pobre niña?... Mis riquezas, mis brillantes, mi palacio, todo lo doy al que me diga donde está Violeta... donde está mi hija.

LAU. y LUIS. Su hija!

TEO. (fuera de sí.) Si, mi hija... es mi hija! Yo la quiero... Malvado! Volvedme á mi hija!

Luis. Solo hay un hombre en Venecia que lo pueda, se-
hora.

TEO. Quién? Tráele aqui; yo abrazaré sus rodillas.

Luis. (señalando por la ventana.) Es el que está allí, al
pie de la columna.

TEO. El Bravo?

Luis. El mismo.

TEO. Corre, Luis... dile que una madre es quien le
llama... tráele aqui... él vendrá, es preciso que ven-
ga: dile que soy rica; vé á buscarle... (vase Luis.)

Tráele aqui! Ah! pobre hija mia! Pobre Violeta!...

Bueno! Ya veo á Luis que se acerca á él... le habla...

Aqui, aqui, aqui... (haciendo señas por la ventana.)

Que veo! Se niega! Por Dios... (estendiendo los bra-
zos hacia él.) Os lo pido de rodillas! Ah! corro yo
misma...

Lau. Señora... Señora! Vos hablar á ese hombre en la
plaza pública, en medio del dia... delante de todo
Venecia?... Imposible... imposible... escribidle, y yo
misma ire...

TEO. (escribiendo.) «Mi vida, mi fortuna es vuestra: si
venis...» Lévale ese billete, llévaselo. (vase Laura.)

ESCENA V.

TEODORA, SALFIERI á poco...

TEO. (postrándose de rodillas en el reclinitorio.) Dios
mio! Señor! Dios mio! Dios mio! Oh! que desgraciada
soy! (se levanta y corre á la ventana.) Corre, Laura...

Le habla... le entrega la esquila... la pregunta si soy
yo quien la ha escrito... (echando el cuerpo casi fuera
de la ventana.) Si, yo soy... yo... yo... aqui está; ya
viene... Ah! Dios mio! Dios mio! Aqui está!

SAL. (presentándose en la habitacion.) Es vuestra esta
carta, señora?

TEO. Si, es mia.

SAL. Y es vuestra esta letra?

TEO. Si.

SAL. (La letra de la carta hecha pedazos, y olvidada en
Genova!...) (allo.) Hablad, qué me queréis?

TEO. Mi hija.

SAL. Teneis una hija? Ah!

TEO. Una tenia.

SAL. Como?

TEO. Ah! un tesoro... la ocultaba á todo el mundo...

Hace quince dias que la he hecho venir á Venecia...

SAL. De Genova?

TEO. Si... con...

SAL. Maffeo... Y se llamaba?

TEO. Violeta!

SAL. Violeta!

TEO. Pues bien!.. Maffeo ha sido asesinado, y Violeta se
ha perdido.

SAL. Perdido! Perdido!.. Violeta perdida! Ah! Yo la
encontraré.

TEO. Entonces, mira, si me la encuentras, lo que tu
quieras, mi fortuna, mi sangre, mi vida, todo lo que
me pidas será tuyo.

SAL. Me lo juras?

TEO. Si, te lo juro!... me he dirigido á ti porque tú de-
bes saberlo todo... Un hombre se la ha llevado esta
mañana, ahí... en esa plaza, á la faz de Venecia... Es
preciso que tu me halles á ese hombre. Es un desco-
nocido; pero nadie hay para ti desconocido. Es es-
trangero; pero nadie entra ó sale de Venecia sin que
sepas de donde viene ó á donde vá.

SAL. Oh! tranquilízate. Cuanto sea posible hacer lo ha-
ré... pero tú tambien me habrás de conceder lo que
te pida?

TEO. Si... todo... todo... Lo juro, y este juramento es
el de una madre, es lo que despues de Dios hay mas
sagrado en el mundo.

SAL. Bien está.

TEO. No pierdas un instante! Busca por Venecia como
haria un avaro á quien hubiesen robado su tesoro...
como un amante á quien hubieran arrebatado a su
querida... Palacios y cabañas, navios y gondolas,
muelles y calles, registralo todo... marcha... (empu-
jándole.) Corre... vuela... Y no vuelvas sin ella!

SAL. Si, con ella volveré ó pereceré en la empresa.
(vase.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

CUADRO QUINTO.

La misma decoración que en el primer cuadro.

ESCENA PRIMERA.

EL BRAVO, VIOLETA.

BRA. Qué espectáculo tan interesante y tan bello es el
sueño de una joven pura y hermosa, y qué maravilla
el contemplar ese rostro de ángel, donde la mano de
los hombres no ha marchitado aun la obra de Dios!..
(considerando á Violeta.) Pobre criatura!.. Perdida y
abandonada! Oh! Justo era que yo te amparase, pues
he sido quien te ha dejado huérfana!

VIO. Dios mio! (despertando.)

BRA. Hija mia!

VIO. Donde estoy? Donde me han conducido?..

BRA. No tengais miedo!

VIO. Maffeo! Maffeo!

BRA. Oh! No llameis con tan triste acento á ese anciano
desventurado; porque me parece que vá á salir de la
tumba para responderos.

VIO. Conque es verdad! Ha muerto! Oh! alevoso ase-
sino!

BRA. (Cuántas veces oíre el dia del juicio final clamando
asi al rededor de mi, asesino! asesino!)

VIO. Perdonad... Sé cuanto os debo: me habeis ampa-
rado cuando todos en el mundo me habian abandona-
do, y no siendo ya la hora en que suelen estar abier-
tas las puertas del convento de Santa Maria, me ha-
beis dicho: hija mia, quieres aceptar el asilo que te
ofrece hasta mañana tu segundo padre?... Y hasta
mañana he consentido en permanecer bajo vuestra
proteccion, porque estoy persuadida de que sois bue-
no; pero al despertarme, hallándome sola aqui con un
hombre desconocido... he temblado.

BRA. Por tu vida?

VIO. Oh! no.

BRA. Ven, hija mia, y mírame... Tengo apenas cuaren-
ta y dos años; pero has visto tu á mi edad muchas
frentes tan arrugadas como la mia?... Muchas caras tan
pálidas?... Mira, yo soy como los árboles del Lido, so-
bre cuyas cimas han rugido tantas tempestades, y cu-
yos troncos se secan sin producir flores, ni frutos....
(dándose en la frente.) Nada me queda ya aqui... mas
que un pensamiento siniestro, constante, eterno....
(dándose en el corazon.) Nada tampoco aqui... sino
un abismo sin fondo, donde los hombres han lanzado
el crimen y Dios los remordimientos.

VIO. El crimen y los remordimientos!

BRA. Si... Son dos palabras de una lengua estraña que
tú no conoces.

VIO. Y vos la conoceis? Dios mio!

BRA. Tú me la harás olvidar... Y en pago de lo que yo pudiere haber hecho por ti, solo una gracia te pido.

VIO. Hablad.

BRA. Me permitirás ir al convento que eligieres... verte allí, dichosa y tranquila, oírte decir que me debes esa tranquilidad y esa dicha?... Tal es la única felicidad que aun puedo esperar en este mundo, y á ti te la deberé; á ti, hija mia... Me la concederás? (*en tono de súplica.*)

VIO. Podría negárosla la pobre huérfana á quien habeis adoptado?

BRA. Gracias.

VIO. Pero por qué me habeis hablado antes de crímenes y remordimientos? Vos, tan bueno... tan generoso... Recordais acaso algunos sucesos cuya memoria os aflige?

BRA. Cuando los hombres nacen, la fatalidad escribe su historia en un libro de hierro; cada día vuelve el tiempo una hoja, y el hombre ejecuta á su pesar lo que está escrito.

VIO. Oh! Qué es lo que decís?

BRA. Tal es mi creencia desde que me han contado una historia que me ha helado el corazón... historia horrible... Violeta... Aun me quedan algunos instantes que pasar á vuestro lado... permitid que os la refiera.

VIO. Si... si... hablad.

BRA. Pues bien, sentaos. Vivía en Venecia, no me acuerdo por qué tiempo, un jóven de veinte y seis años, rico, valiente y dichoso, á no atormentarle el recuerdo de un primer crimen... crimen sin duda de que Dios ha querido castigarle. Este jóven tenía un padre, á quien amaba con el mas santo y filial cariño. Un día, con pretexto de una conspiración, de que ni aun se tenían noticias, el jóven y su padre, que habitaban entonces fuera de Venecia, se vieron arrestados... Hízoseles comparecer ante el consejo de los Diez, y allí... inícuamente, sin pruebas, sin testigos, por un derecho desconocido de Dios y de los hombres, pero que el mismo tribunal se había abrogado... allí... en el acto... el tribunal sentenció al anciano!... y dejó libre al hijo!.. Volvieron á sumergir al anciano en un calabozo, y dieron la libertad al jóven... Escuchais, hija mia?

VIO. Pero qué hizo el jóven?

BRA. El jóven se echó á los piés de sus jueces; ofreció su sangre en cambio de la de su padre... El tribunal respondió que su sentencia era justa, irrevocable... que el hijo viviría, y el padre habría de morir sin remedio.

VIO. Qué horror!

BRA. Aun hay más, escucha: al entrar en su casa el jóven, encontró en ella al presidente del tribunal.

VIO. Ah!

BRA. Era anciano también.

VIO. Sin duda llevaba el perdón del padre?

BRA. La república necesitaba un hombre firme y decidido; un hombre, cuyo brazo armado de sangriento puñal, hiriera á todos indistintamente... Necesitaba, en fin, encontrar un segundo verdugo, porque el primero no mata más que de día... Venía, pues, á prometer al jóven la vida de su padre, con tal de que consintiera en ser ese asesino... Verdad es que se le permitía cubrirse el rostro con una máscara, si quería permanecer desconocido.

VIO. Y el jóven rehusó?..

BRA. Con horror! Aquella misma noche le fué permitido ver á su padre.

VIO. El tribunal se había apiadado?

BRA. Si.... Al día siguiente corre á la prisión.... Pero qué horrible escena! Un pregonero se puso debajo de las rejas, y leyó en alta voz la sentencia del anciano... Ni el padre ni el hijo perdieron una palabra; el anciano cayó sin sentido en el suelo, y entraron á decir al hijo que era tiempo de que se retirara... Al entrar en su casa, volvió á encontrar al presidente del tribunal, que venía á proponerle de nuevo aquel pacto de sangre.

VIO. Y se negó otra vez?

BRA. Si, otra vez.... Al otro día, nuevo permiso para ver á su padre: habían puesto al sentenciado en un nuevo calabozo que daba á la Piazzetta.... Aquellos dos desgraciados se arrojaron llorando en los brazos uno de otro; á breve rato, oyen un gran rumor en la plaza... Dirigieron allí sus miradas, y ven elevarse un cadalso: encima del cadalso, un hombre vestido de encarnado tenía una cuchilla en la mano, y abajo, en derredor, el numeroso pueblo aguardaba impaciente al infeliz que debía dejar allí su cabeza.... Ay! este infeliz era el anciano.

VIO. Ah!

BRA. Aquella cabeza encanecida y venerable, que el hijo estrechaba contra su pecho, iba á caer... ante sus ojos... allí... allí mismo.

VIO. Oh! El hijo aceptó el trato que le proponía el tribunal?

BRA. Cubrió su rostro con una máscara.... puso un puñal á su cintura... y fué á decir al consejo de los Diez aquí me teneis... mandadme!

VIO. Y desde entonces?..

BRA. Desde entonces.... quedó vendido á la venganza, al crimen... pero vivió su padre... Llegó á ser el terror y la execración de Venecia, pero vivió su padre... Cada día recibió nuevas órdenes para nuevos asesinatos... pero vivió su padre.... No gozó ya por mas tiempo de sueño en la noche, de reposo en el día.... No creyó ya en nada de lo que antes tenía por sagrado... pero vivió su padre; si, todas las tardes tenía el permiso de ver á su anciano padre... Adios, hija mia! Es preciso que me vaya.

VIO. Y me dejais sola, aquí?

BRA. No tienes nada que temer.... nadie vendrá; además, no abras sino cuando oyeres tres golpes: seré yo entonces. (*vase.*)

ESCENA II.

VIOLETA, sola.

Oh!.. Si, tiene razon... Qué historia tan horrible!... Pero la voluntad de Dios es incomprendible, y sus miras misteriosas y sagradas!... Qué sería de mi si cuando me halló sola no me postrase ante alguna imagen? (*mirando por todos lados.*) Pero en vano busco aquí; ninguna veo en este cuarto... no importa... Dios mio, me habeis privado de mi padre y de mi madre, antes de que pudiese conocerlos; un hombre los había sustituido... y le habeis llamado á vos... no me queda más que un solo ser en la tierra por quien pueda rogaros. Conservad la vida á Salfieri!.. (*dan tres golpes á la puerta.*) Será mi protector?.. Tan pronto de vuelta!.. No es posible!.. Sin embargo, me dijo que llamaría así... abramos.

ESCENA III.

Dicha, SALFIERI.

VIO. Ah! No es él!

SAL. Una jóven aquí!.. Violeta!

VIO. Dios mio... Dios mio, cómo sabeis mi nombre?

SAL. Violeta aquí!.. al lado mio!.. Violeta perdida y ha-

Mada... Ah! á pesar de mi juramento... Violeta, delante de ti solamente me quitaria la máscara.

VIO. Salfieri!

SAL. Si, Salfieri soy, que te busco para volverte á tu madre.

VIO. A mi madre!... Pues qué!... Tengo madre todavía?..

SAL. Si, Violeta, si... Pero es esto un sueño!.. Una ilusión! Háblame, mírame, Violeta; tu voz... tus ojos... no me has olvidado?

VIO. Rogaba á Dios por vos, y Dios me ha oído... Qué dichosa soy ahora!... Pero por qué llevais esa máscara?

SAL. Esta máscara... Has olvidado que estoy proscrito en Venecia, y soy perdido si me descubren?

VIO. Ah!

SAL. Qué me importa el peligro que aqui corro, ahora que he vuelto á verte! Y tu madre, tu madre á quien he hallado, á quien voy á entregarte, y que me ha jurado por tu vida concederme lo que la pida.

VIO. Y qué le vais á pedir?

SAL. Mi dicha y la tuya... tu vida y la mia!

VIO. Conque habeis leído en el espejo?

SAL. Si, la palabra Venecia.

VIO. Y al instante me habeis seguido?

SAL. En el primer buque que se hizo á la vela.

VIO. Proscrito!

SAL. Hubiera arrostrado mil muertes por llegar á donde tú estabas... Pero vámonos... vamos.

VIO. Partir!.. No puedo antes hacerlo, sin dar gracias á mi bienhechor, sin decirle que he hallado á mi madre... Y mi madre, me quiere mucho?

SAL. Si, si... pero de qué bienhechor hablas?

VIO. Del que habita en esta casa... Es el que me ha amparado.

SAL. Cómo! Ese hombre?... El Bra... (dan tres golpes á la puerta.)

VIO. Ahi está. (corriendo á la puerta.)

SAL. Silencio, Violeta... entra en ese cuarto... déjame solo con él... entra. (llaman otra vez. Violeta entra en el cuarto. Salfieri abre la puerta.)

ESCENA IV.

SALFIERI, EL BRAVO

BRA. Maldicion!.. Un hombre aqui!

SAL. Y qué hay en eso que te sorprenda, cuando ese hombre soy yo?

BRA. Es verdad... Habia olvidado que tú sabias el modo de llamar á esa puerta. Pero dónde esta la jóven?

SAL. Ahi está.

BRA. La has dicho quién era yo? (echando mano al puñal.)

SAL. Crees que estaria aqui si te conociera?

BRA. Bien... Ahora dime qué es lo que quieres tú?

SAL. Quiero á esa jóven que está ahi.

BRA. Qué es lo que has dicho, infeliz?

SAL. Escucha... Si hubiera querido llevármela en tu ausencia, lo hubiera podido... pero hubiera sido dejar burlada tu confianza, faltar á la hospitalidad... He aguardado tu vuelta.

BRA. Y esperas que yo acceda á una peticion tan desca-

bellada?

SAL. Lo espero.

BRA. Pues te has engañado... Esa jóven es mia, y á nadie la entregaré.

SAL. Ni aun á su misma madre?

BRA. Qué es lo que dices?... A su madre?... No la tiene.

SAL. La tiene: acabo de separarme de ella... y vengo á pedírtela en su nombre; ignorando que estaba aqui,

venia á decirte.... tú que sabes cuanto pasa en Venecia, ayúdame á restituir una hija á su madre... he encontrado aqui á esa jóven... me ha dicho que tú la habias adoptado... y he reconocido en ella á la que yo buscaba.

BRA. Y me la pides en nombre de su madre?

SAL. En nombre de una madre desconsolada que se ha arrojado á mis piés.

BRA. Cosa muy sagrada es una madre!

SAL. Si... muy sagrada... Una madre tiene derechos sobre sus hijos, que nadie puede arrebatárle... Esta sobre todo, parece querer tanto á su hija...

BRA. Y quién es?... Dónde vive?

SAL. En el palacio que forma la esquina de la Piazzetta, enfrente de la columna del Leon.

BRA. Ese es el palacio de Teodora.

SAL. Si... asi se firmaba en el billete que me ha escrito; su madre se llama Teodora.

BRA. Y quiere que la entreguen su hija?

SAL. La pide de rodillas.

BRA. Ah! No lo extraño ya... Teodora reclama á su hija... la cortesana busca una discípula... necesita legar á Venecia una muger que herede su nombradía y su infamia.

SAL. Qué dices?

BRA. Y tú te has encargado de restituir una hija tan pura á una madre tan perdida?

SAL. Pero yo no sé nada de eso... ni...

BRA. Tú no sabes que solo hay en Venecia dos reputaciones que corren parejas: la una es la de la cortesana Teodora, la otra es la del Bravo?

SAL. Dios mio!

BRA. Ah, Teodora! Muger infame! Pides que te la entreguen... á tu hija? No es eso lo que ella te ha pedido?

SAL. Si.

BRA. Pues bien! Yo mismo se la llevaré.

SAL. No, yo soy quien se ha encargado de hacerlo?

BRA. Teodora te ha pedido que le busques á su hija... Vé á decirle que la has hallado... que mañana se la presentaré, y que si quiere quedarse con su madre, nadie lo estorbará.

SAL. Pero si contra toda probabilidad, esa jóven no quisiera quedarse con ella? Qué harías?

BRA. Monasterios hay en Venecia... elegiria aquel en que mas le agradase vivir.

SAL. Y si me opongo á ese proyecto?... Si quiero hacerla mia en el acto... porque has de saberlo; esa jóven es Violeta!.. Violeta á quien amo, y á quien buscaba.

BRA. Para hacer de ella tu querida, no es verdad? Cómo ha de dar el noble Salfieri su nombre á la hija de una cortesana?... Entonces te diré lo que ayer me decias tú... somos dos... tú tienes un puñal... yo tengo el mio... las armas son iguales... Escucha: no he hecho confianza de ti? Pues hazla de mi ahora.

SAL. Con tal de que antes de tomar cualquier resolucion, me sea permitido consultar la voluntad de esa jóven.

BRA. Consiento en ello.

SAL. Y su voluntad será obedecida?

BRA. Puntualmente.

SAL. Hé aqui mi mano.

BRA. Ahora corre al lado de Teodora. No debe dar una funcion esta noche?

SAL. Si; pero la pérdida de su hija...

BRA. Dile que puede darla, porque su hija ha parecido...

SAL. En ti confio... pero mira...

BRA. Cuando ayer te presentaste aqui, me digiste que

con una sola palabra podía matarte... Pues bien! también á mi una palabra puede serme mortal! Si te engaño, lleva al consejo de los Diez esa máscara y ese puñal... Acúsame, y todo está dicho.

SAL. Bien está.

BRA. Adios.

SAL. Adios!

ESCENA V.

EL BRAVO, VIOLETA.

BRA. Venid, hija mía: (yendo á la puerta.)

VIO. Dónde está?

BRA. Quién? Ese jóven?

VIO. El que venia á buscarme en nombre de mi madre.

BRA. Se ha marchado.

VIO. Y habeis quedado convenidos?

BRA. Si... En todo.

VIO. Conque, me llevará con mi madre?

BRA. Yo soy el que os conduciré á su lado.

VIO. Teneis razon... A vos solo tocátel hacerlo?

BRA. Seguidme ahora.

VIO. Dónde vamos?

BRA. A buscar un traje para vos.

VIO. Un traje para mi?

BRA. Si... Esta noche vamos á un baile de máscaras.

FIN DEL CUADRO QUINTO.

CUADRO SESTO.

El palacio de Teodora. Salas llenas de gente, soberbiamente alumbradas: arquitectura de capricho: combinacion de los tres estilos, ático, gótico y morisco.

ESCENA PRIMERA.

El MARQUÉS DE RUFFO, el CONDE DE BELMONTE, caballeros jóvenes, máscaras de todas clases y caprichos; dos mugeres disfrazadas procurando huir del marqués.

DAMA 1.^a Otra vez... otra vez... Aquí está!

DAMA 2.^a Os lo suplico, caballero: dejadnos por favor.

RUF. Ya no me queda duda; queria hacerte hablar, lindísima veneciana, porque necesitaba esa última prueba para cerciorarme. Ahora ocúltate bien, aprieta la careta; poco me importa; ya te he conocido.

DAMA 1.^a Ay, Dios mio!

RUF. Y á ti tambien... porque una de vosotras lleva al dedo una sortija que vi comprar ayer al proveedor Ordenigo... y la otra...

DAMA 1.^a Por Dios, no digais mi nombre.

RUF. Os ha dado permiso para venir aqui el grave senador Zeno?

DAMA 2.^a Hablad mas quedo, y prometednos guardar el secreto. Hace ocho dias no se hablaba en Venecia de otra cosa mas que de la brillante funcion de Teodora.

A favor de este disfraz, hemos querido ver el palacio de la nueva Armida... Marqués, nos habeis conocido, y con una sola palabra podeis perdernos; pero esa palabra no la direis.

RUF. Callaré... pero con tal que me permitais ser vuestro caballero sirviente toda la noche.

DAMA 1.^a No puede ser... Nos vamos ahora mismo. Alejaos.

RUF. Ya que asi lo quereis, obedezco... Adios, señoras; contad con mi discrecion.

DAMA 1.^a Contad con nuestro agradecimiento. (se mezclan entre la multitud.)

RUF. (mirándolas.) Ah! mogigatas, mogigatas! Qué caro os va á costar este secreto.... Ola, Laura, Laura?

LAU. Señor?

RUF. Dura todavia la orden para que huyas de mi?

LAU. Hasta que dejéis de perseguirme!

RUF. Me querrás decir dónde fuiste á buscar aquel maldito adivino que te daba el brazo?

LAU. Le conozco tanto como vos.

BEL. Laura!

LAU. Señor!

BEL. Acostumbra tu señora á no dejarse ver en los bailes que dá?

LAU. Y acostumbra V. E. á asistir á los bailes donde no le convidan?

BEL. Quién lo duda?... Todos los jóvenes nobles de Venecia, estamos convidados aqui de derecho.

RUF. (Por las respuestas de la camarera, fácil es adivinar el mal estado de los asuntos del conde de Belmonte.) Amigo, ya podeis dejar el puesto.

BEL. (sonriendo.) Eso es lo que quisierais: no es verdad, marqués?

ESCENA II.

Dichos, el BRAVO, VIOLETA. El Bravo con la cara descubierta; Violeta con un gran velo que la cubre, llegan hasta donde están Ruffo y Belmonte, y se detienen á escucharlos.

RUF. Al contrario, os buscaba... para consolarnos así... á duo.

BEL. Por mi parte estoy resuelto: la olvidaré, no la veré mas.

RUF. Muy bien hecho, conde; pero en cuanto á mi, me cuesta mucho renunciar á la esperanza de ser amado de Teodora.

BEL. Pues bien: haremos una escepcion; siempre es cosa meritoria en un tiempo de generalidades.

RUF. Cuando me acuerdo de que miserables poetas y pintores han poseido el secreto de agrandar á esa muger.

BEL. Eso mismo es lo que la ha hecho cobrar aversion á los hombres de alta gerarquia.

VIO. Dios mio!... De qué muger hablan así? (ap. al Bravo.)

BRA. De la reina del baile.

VIO. Y me traeis á una casa semejante?

BRA. Creed, hija mia, que no lo hubiera hecho sin un poderoso motivo.

RUF. Belmonte, veis á ese hombre que solo está, sin careta entre todos los demás?

BEL. Cómo!... Aqui!...

RUF. Le conocéis?

BEL. Yo no... él si me conoce á mi. Nunca hasta esta mañana le habia visto... pero por lo que me dijo, debo creerle brujo ó demonio.

RUF. Lleva del brazo una pareja de donoso talle.

VIO. (con temor.) Esos máscaras nos miran.

BRA. No os dé cuidado, que no se acercarán.

VIO. No importa; salgamos de aqui por Dios.

ESCENA III.

Dichos, TEODORA. Gran rumor en el fondo. Las máscaras corren; se oye circular el nombre de Teodora, que aparece rodeada de muchos caballeros jóvenes disfrazados.

BEL. (saliendo á su encuentro.) Ah! Señora! Sois como la estrella de Venus, que aparece la última y la más hermosa.

TEO. Ah!.. Sois vos, conde?... Vaya... indulgencia... Soy tan dichosa esta noche; que quiero que todo el mundo lo sea.

RUF. Habeis hablado á Belmonte de indulgencia... no me prometereis á mi la esperanza?

TEO. Sois vos, marqués? La esperanza es una de las virtudes teologales; conservadla como yo conservo su hermana la caridad.

RUF. Perón... es que me faltó la fé.

TEO. Yo os la otorgo. *(dándole la mano.)*

RUF. Oh! Señora! *(besándose las manos.)*

BEL. Conque yo soy el único desgraciado?

TEO. Vos, conde!.. A pesar de toda vuestra nobleza y orgullo, sois el último hombre á quien amaría.

BEL. Entonces aguardaré á que me toque mi vez.

TEO. Eh!.. Pero quién es ese señor que he notado ya con la cara descubierta?

BEL. Vos que conocéis á todos en Venecia... sacadnos de este apuro, señora, y decidnos quién es?

TEO. No lo conozco... *(al Bravo.)* Ya que vuestra señora me ha favorecido con asistirme á mi baile, os doy mil gracias...

BRA. A pesar de que no estoy convidado?

TEO. Entonces os la doy dos veces, porque traeis una graciosa pareja.

BRA. Es una discípula... que necesita esperiencia y consejos, y que viene á pedir luz al sol.

TEO. Le habrán agradado sin duda nuestros bailes, que respiran el deleite.

VIO. *(Qué language! Dios mio! Dónde estoy!)*

BRA. Callad.

TEO. Aquí somos todos gente de placer y de amor. Vamos, hermosa; tomad parte en nuestros bailes; alegraos con nosotros; participad de nuestro regocijo.

VIO. Entonces dadme vuestra careta, señora... porque en breve mi velo no bastará para ocultar mi rubor.

BRA. Mujer infernal!.. Has empleado toda tu ciencia para que esta alma pura y cándida no pueda escapar de su perdición?.. Dios la hará recoger sus frutos.... Violeta! Ahí tienes á tu madre... *(quitando la máscara á Teodora.)* Teodora, ahí tienes á tu hija. *(levantando el velo á Violeta.)*

TEO. Gran Dios!

VIO. Mi madre! Vos!

BRA. Si... esa es!

VIO. Oh! no, no... es imposible.

BRA. Dila que tú eres su madre... ya ves que no quiere creerlo.

BEL. La jóven del puente de la Paglia! Cuerpo de Baco! Es de esperar que aquí sea menos cruel.

RUF. Sabéis que efectivamente es una maravilla? Y dónde nos ocultabais ese diamante, Teodora?

TEO. Dios mio!.. Dios mio!

BEL. Ahora, hermosa jóven... ahora que has recibido tu lección...

TEO. *(con fuerza.)* Caballeros... Que ninguno de vosotros se atreva á ultrajar á esta jóven con la palabra, ni aun con la vista; esta jóven es mi hija, es verdad... Si, yo soy tu madre!

VIO. Ah!

TEO. Señores: en nombre de vuestras madres y de vuestras hermanas, respetad á esta jóven.

BEL. Ya lo oís todos... respetad á la hija de Teodora. *(todos se rien.)*

TEO. Violeta!.. Prenda querida! *(arrojándose á sus brazos.)* Hija mia! Oh! Ven á mis brazos, á ver si esos jóvenes insolentes se atreven á perseguirte hasta en ellos.

BEL. Vamos... basta... basta... Teodora... todo el mundo se pone triste... la música se suspende... las luces mismas se apagan... Vamos, di á la música que prosiga... manda que el baile continúe... Da la mano al marqués de Ruffo, y déjame á mi la de tu hija.

TEO. *(con cólera y energia.)* Conde de Belmonte, os he

rogado... os he pedido perdon anegada en lágrimas y con la desesperacion en el pecho... Dios me hubiera perdonado en lugar vuestro, y vos no me perdonais... Vos continuais insultándome; insultando á una muger que llora... sois un infame, un vil... Conde de Belmonte, daría mi vida, daría cuanto poseo, escepto á mi hija, por ser hombre; porque entonces os arrojaría á la cara esta máscara, como lo hago ahora. *(le cruza la cara con la máscara.)*

BEL. Señora...

TEO. Salid, señores... marchaos todos!... A los unos se lo suplico, á los otros se lo mando... Se acabó el baile... Dejad llorar á una madre con su hija... á una hija con su madre.

BEL. Marqués, una palabra. *(habla bajo con Ruffo, y hace como que se pone de acuerdo con él. Un grupo de jóvenes los rodean.)*

BRA. Violeta... ahí tienes á tu madre... aquí tienes á tu protector... Te quedas con ella?... Vuelves conmigo?.. Pronuncia.

TEO. Oh! Ya ves que se está muriendo... Déjala... déjala, aunque no sea mas que hasta mañana; y mañana, si ella quiere abandonarme, infeliz de mí!.. Te la llevarás... pero mañana, mañana mi hija me querrá.

BRA. Dejarla aquí!.. En medio de esos infames!..

TEO. Aun están ahí... Señores, qué haceis en esta casa?...

BEL. *(riendo.)* Buscamos una pareja para Violeta.

TEO. Basta, Belmonte, basta, caballeros. Os he suplicado que os marchaseis, y no lo habeis hecho; ahora os lo mando... salid... y salid vos el primero... Conde, estais en mi casa.

BEL. Estamos en tu casa, Teodora?... Estamos en nuestra casa.

RUF. Belmonte tiene razon... Estamos en nuestra casa.

TEO. Oh, Dios mio! Dios mio!... No bastan ya tantos ultrages!.. *(en voz baja.)* Violeta, hija mia, acércate á esa puerta: vamos á huir de este palacio.

BRA. Dónde quieres llevar á esa jóven?

TEO. A casa de Maffeo... tú nos guiarás, pero antes....

BRA. Qué vas á hacer?

RUF. y BEL. Vamos, Teodora, dad la señal del baile.

TEO. *(con fuerza.)* Voy á darla!... Pediais hace un instante música mas viva y alegre... la orquesta os obedece... bailes mas voluptuosos... empezadlos... queriais luminarias mas brillantes... vais á tener una verdadera iluminacion. Abridme paso. *(gran galop. Teodora corre á uno de los salones del fondo; prende fuego y vuelve á la escena, arrojando la tea en la sala. Gritos de terror.)*

BEL. Qué has hecho?

TEO. Nada... He atizado las luces que empezaban á apagarse.

GRITOS. Fuego! Fuego! *(incendio. Las máscaras acuden en tropel de las otras salas. Desorden.)*

TEO. Ahora... quedaos... mis nobles señores... estais en vuestra casa. *(empuja á Violeta y al Bravo hácia una puerta de la derecha del espectador, y desaparece. Tumulto y confusion.)*

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

CUADRO SETIMO.

Una sala en casa de Maffeo.

ESCENA PRIMERA.

TEODORA, de rodillas delante de un reclinitorio en traje sencillo de color oscuro, y LAURA.

LAU. Señora... señora.

TEO. Ah!.. Eres tú?

LAU. Aquí teneis la cajita que me habeis pedido.

TEO. Abrela, mi buena Laura... y toma entre esos brillantes el que mejor te pareciere... el de menos valor basta para asegurarte una dichosa existencia.

LAU. Con que me abandonais señora?

TEO. Todo lo abandono, Laura.

LAU. Pero y aquella vida tan placentera...

TEO. La maldigo.

LAU. Aquellas gentes que os adoraban...

TEO. Me han perdido.

LAU. Estas joyas, estos brillantes, estos aderezos, que son el orgullo de un corazon de muger...

TEO. Son las cadenas que enlazaban mi alma con el infierno... quiero romperlas.

LAU. Vuestro Palacio de la Piazzetta...

TEO. Las llamas lo devoraron ayer... hoy está arruinado; yo empecé, el pueblo lo acabó.

LAU. El pueblo!

TEO. Si; Leon indómito que ruge contra su dueño, y que le defiende... porque sin duda piensa devolverle mas tarde...

LAU. Y qué os quedará entonces?

TEO. En este mundo la penitencia... en el otro la esperanza... y Dios!

LAU. Pero y yo... señora?

TEO. Mañana Luis y tú sereis libres.... Los dos os amais...

LAU. Señora...

TEO. Retírate, Laura.

ESCENA II.

TEODORA, VIOLETA.

VIO. Madre mia!

TEO. Has dicho madre mia, no es verdad?

VIO. Si... es un título sagrado que la mano de Dios grava en el corazon, y que no puede borrar la mano de los hombres.

TEO. Gracias, hija mia.

VIO. Y además, esos hombres te han calumniado, no es verdad?

TEO. No, hija mia... no... Esos hombres han dicho la verdad... y puedo confesarlo sin verguenza, porque es la muger de hoy la que habla de la muger de ayer... Porque al mirarme en mi hija, espejo puro y sagrado, he limpiado ayer mi corazon de sus vicios, como hoy ha despojado mi cuerpo de sus galas. Si... para ti y por ti, todo lo he abandonado, hija mia; placeres y vanidades... De rica y orgullosa que era, me he vuelto pobre y humilde... Me he despedido del mundo con una antorcha en la mano... insultando á los mas poderosos nobles de Venecia... En fin, he hollado á mis pies lo pasado que era de la nada y del demonio, y he estendido mis brazos hácia el porvenir, que es mio y de Dios.

VIO. En ese porvenir me olvidais á mi, madre mia... no puedo yo nada para completar vuestra felicidad?

TEO. Tú puedes perdonarme, y entonces, rica con tu

perdon, me atreveré á pedir el del cielo! (se arroja.)

VIO. Oh! Dios mio! (sosteniéndola en sus brazos.) Vos que veis este cuadro lastimoso de una madre á los pies de su hija... Dios mio, acoged en vuestro seno las lágrimas de la una y los ruegos de la otra; y pues implora vuestro perdon y el mio... Perdonadla, señor, como yo la perdono.

TEO. Hija mia!

VIO. Oh! en vuestros brazos... en vuestros brazos, madre mia! (abrazándola.)

LAU. (saliendo.) Señora, el estrangero de ayer está aquí.

TEO. Viene para llevarte: hija mia, me abandonarás?

VIO. Nunca... nunca; mírenos asi, y no se treverá á separarnos. (se abrazan.)

TEO. Laura, dile que puede entrar.

ESCENA III.

Dichas, el BRAVO.

TEO. Mirad! (enseñándole á Violeta en sus brazos.)

BRA. Le has dicho quién eres?

TEO. Se lo he dicho.

BRA. No le has ocultado nada de tu vida?

TEO. Nada.

BRA. Y consiente en quedarse contigo?

TEO. Pregúntaselo.

BRA. Hija mia... sois libre; podeis ir donde gustéis.

VIO. Donde mi madre fuere, allí iré.

BRA. He aquí una orden del consejo que os autoriza, aun á despecho de vuestra madre, para entrar en el convento que tubiereis á bien elegir... Os lo repito, hija mia, tomad la orden y sois libre.

VIO. Tened, madre mia. (dándosela á Teodora.)

TEO. Ya la ves... ya lo ves!.. No he dicho una palabra, y su corazon solo ha hablado.

BRA. Bien está. (suspirando.)

TEO. Yo he cumplido mi palabra, ahora te toca á ti cumplir la tuya... me has prometido dejarme á mi hija si mi hija queria quedarse conmigo; no abuses de esta orden que has obtenido del consejo; déjame á mi hija.

BRA. Si, pero me queda una última pregunta, y reflexiona que con la respuesta necesito una prueba... Violeta es de veras tu hija?

TEO. Y tú me lo preguntas?... Ha visto mi desesperacion y mi gozo... ha visto nuestros abrazos... y me pregunta si eres mi hija... Oh! insensato!.. me ha preguntado ella si soy su madre?

BRA. La juventud es crédula; la edad madura, desengañada de todo, es difícil de persuadir... La prueba es de que Violeta es tu hija... Veamos.

TEO. La prueba!.. Maffeo solo podia dártela, y Maffeo ha muerto.

BRA. Lo sé.

TEO. El desventurado Maffeo podia decir que era mi hija, porque me recogió ensengrentada y exánime...!

VIO. Oh! madre mia!.. Y qué acontecimiento?..

TEO. Fué un drama terrible que empezó hace diez y seis años por una muerte, y acabó ayer por un asesinato.

BRA. (Quiera Dios que ambos no hayan sido cometidos por la misma mano!)

VIO. Oh! madre mia!.. Y cuál es el hombre que?..

TEO. Silencio... Silencio!.. Hija mia, era tu padre.

VIO. Mi padre!

TEO. Toda su esperanza... todas sus ilusiones las habia puesto en mí; creyó que le habia engañado... y por

la salvacion de tu alma juro, hija mia, que no era cierto.

BRA. Violeta no era culpable!

TEO. De dónde sabes tú que yo me llamo Violeta?

BRA. Continua... qué te importa de dónde lo sé?

TEO. Era un jóven arrebatado é impetuoso.

BRA. Juan Alberti, no es verdad?

TEO. Pero de dónde sabes tú que se llamaba así?

BRA. Prosigue, prosigue.

TEO. Fué en una noche de tormenta, noche terrible!...

Tu padre entró con una tempestad en el alma, mas espantosa que la tempestad del cielo... cuando le ví pálido, fuera de sí, con un puñal en la mano, me horricé de tal manera, que no pude pronunciar una sola palabra, que no supe desengañarle ni convencerle; me arrogé á sus pies, gritando, perdon, perdon por mi hijo!

VIO. Y entonces?

BRA. Entonces yo la creí culpable, y la di de puñaladas... no es eso?

TEO. Alberti!

BRA. Violeta!

TEO. Alberti, yo era inocente, y esta es tu hija.

BRA. Mi hija!

VIO. Oh! madre mia!.. Padre mio!.. nombres tan gratos á mi corazon... madre mia! padre mio!

Los dos. Hija mia, querida!

VIO. Henos ya reunidos; nadie en el mundo nos separará, no es verdad?

BRA. Teodora... Oh! no... no... nadie. (*dan tres golpes á la puerta; los tres se estremecen.*)

BRA. Un solo hombre puede llamar de este modo... (*llaman otra vez.*)

TEO. El es!

BRA. El es!

TEO. Alberti, ese hombre tiene una cosa que decirme á mi sola.

BRA. Sin embargo, es preciso que yo oiga lo que tiene que decirte.

TEO. Violeta, entra en ese cuarto... Y tú, escóndete detrás de ese tapiz. (*se esconde el Bravo; vase Violeta, y Teodora vá á abrir.*)

ESCENA IV.

TEODORA, SALFIERI, el BRAVO, escondido.

TEO. Entrad.

SAL. Teodora, aqui me tienes.

TEO. Ya os aguardaba.

SAL. He cumplido por mi parte fielmente todas las condiciones de vuestra trato?

TEO. Todas.

SAL. Te han devuelto á tu hija?

TEO. Si.

SAL. Es eso lo que me habias pedido y no otra cosa?

TEO. Si, todo.

SAL. Te acuerdas ahora del juramento que me has hecho?

TEO. Te he jurado por mi hija, que si me la volvias, te daria cuanto me pidieras.

SAL. Y estás dispuesta á cumplirlo?

LEO. Este oro, estas joyas son tuyas... di una palabra... (*señalándolas.*)

SAL. Yo quiero un bien para mi, mucho mas precioso que todas esas riquezas.

TEO. Me haces estremecer; qué es lo que quieres?

SAL. Quiero á tu hija.

TEO. Mi Violeta!.. Hallada ayer... La quieres hoy!.. Tu estas loco!

SAL. Quiero á tu hija.

TEO. Pero ya puedes figurarte que debes pedirme cualquiera otra cosa, que te lo he ofrecido todo, y todo te lo daré.

SAL. Me has jurado por tu hija darme cuanto te pida... Teodora, yo te pido á tu hija.

TEO. Oh, Dios mio! Pero en fin... si te lo suplico... si me arrojó á tus pies, si abrazo tus rodillas... no tendrás compasion de una madre? Oh! hija mia, hija mia, me cuesta mucho para que tú me la quites.

SAL. Es decir que yo he cumplido mi palabra y que tú faltas á la tuya?

TEO. Escucha; ahí llevas un puñal... mátame, y toma despues á mi hija, si quieres, pero dártela yo... jamás... jamás!..

SAL. Teodora!

TEO. Esa idea es insensata, descabellada; creer que muger alguna pueda amarte... porque si tu la obtienes es para hacerla tu muger ó tu querida... Ella toda pureza... tú todo sangre... Ella Violeta, tú el Bravo...

SAL. Y si yo no fuese... (*el Bravo sale y le dá una palmada sobre el brazo.*)

BRA. Aun no son las doce, mi dueño... y para creerte con derecho de reclamar la palabra de los otros, es necesario empezar por cumplir la tuya.

TEO. Qué oigo! Conoce á ese hombre!.. (*colocándose delante de la puerta del cuarto de Violeta.*)

SAL. Tienes razon!.. Pero hoy son tan lentas las horas...

BRA. Quizá cuando den las doce de la noche, te parecerá que el dia ha pasado muy pronto.

SAL. Pues bien... sea. A las doce de la noche nos volveremos á ver... Pero hasta entonces, Teodora, júrame....

BRA. Nada.

SAL. Teodora, te concedo hasta las doce... pero entonces me volverás á ver... y no habrá que decirme: «quieres oro, diamantes, palacios?» No habrá que hacerme súplicas, que verter lágrimas... Serias perjura... y el cielo me confunda si dejo á Dios el cuidado de castigarte. (*vase.*)

TEO. Ah! Dios mio! Dios mio! Somos perdidos!

BRA. Aun no... Teodora, dame todo tu oro.

TEO. Aqui está.

BRA. Tus joyas.

TEO. Tenlas.

BRA. Ahora todo lo que yo poseo junto con esto...

TEO. Pero para qué?

BRA. Para seducir á un carcelero.

TEO. A un carcelero!

BRA. Si... manda á Luis que prepare tu góndola.

TEO. Dentro de cinco minutos estará amarrada en el vestíbulo.

BRA. Y yo dentro de una hora estaré aqui.

TEO. Oh! Alberti!.. Salva á tu hija.

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

CUADRO OCTAVO.

Un vestíbulo que da sobre el gran canal; á la izquierda la puerta del cuarto de Teodora, un poco mas adelante, en el mismo lado, un pie de mármol que sostiene una lámpara y un reloj de arena; enfrente, á la derecha, un banco de piedra. Noche oscura.

ESCENA PRIMERA.

TEODORA, JUAN, *apoyado contra una columna que dá al canal.*

TEO. (*abriendo la puerta.*) Alberti, ¿a qué aguardas ahí?

JUAN. Aguardo á Luis.

TEO. Pero ven á nuestro lado, y cuando Luis venga nos avisará.

JUAN. No, no es necesario que le vea, sin perder un instante, porque no tengo un instante que perder... que le diga el lugar donde debe aguardarme, para estar seguro de encontrarle; y para que partamos en seguida.

TEO. Y dónde iremos?

JUAN. No sé... Al cabo del mundo si es preciso.

TEO. Pero por qué has pedido á Luis una góndola capaz de contener cinco personas, sino somos más que tres?

JUAN. Teodora, es preciso que lleve conmigo la cadena que me esclaviza en Venecia.

TEO. Siempre me respondes con ese lenguaje misterioso, que no puedo entender; tú me ocultas algún secreto horrible.

JUAN. Vuelve al lado de nuestra hija, y dile que te cuente una historia que yo la he referido... la de un Bravo de Venecia.

TEO. Oh! ahora que pronuncias ese nombre de Bravo, quieres decirme qué relaciones tienes tú con ese hombre execrable?

JUAN. Yo... Yo...

TEO. Te hallas bajo el peso de alguna proscripción?

JUAN. Vete, Teodora.

TEO. No sé por qué... me parece que me hallo encadenada y que no saldré de Venecia, Venecia, ciudad maldita!

JUAN. Van á dar las once... Vete, por Dios, y está pronta á partir tan luego como yo diere la señal.

TEO. Descuida... estaremos prontos.

JUAN. Bien, bien. (*empujándola.*)

ESCENA II.

JUAN solo; *vá hacia el fondo.*

Este Luis que no se deja ver todavía! Ah! será fiel á su promesa el carcelero?... Arriesgará su vida por mí? Verdad es que con lo que le de tendrá hecha su fortuna!.. Pero Violeta y Salfieri... esos jóvenes desgraciados que se aman y que voy á separar!.. Oh! Salfieri despreciaría á la pobre joven si supiese que es hija de Teodora y de Alberti; de la cortesana y del Bravo... No... quizá se dignaría aun hacerla su querida... pero su muger... Ah! por fin llega Luis.

ESCENA III.

JUAN, LUIS.

JUAN. (*encaminándose á Luis.*) Está todo preparado?

LUIS. Si señor.

JUAN. Cabrán en la góndola?

LUIS. Siete personas.

JUAN. Siendo así... no hagas ruido, y sobre todo, que no haya luz; apaga tu farol.

LUIS. Y la multa de la policia?

JUAN. Yo pagaré la multa... (*apaga la luz.*) Bien está... Ahora no te muevas de este sitio; acuérdate que es necesario que te halle aquí, y que á la primer señal...

LUIS. Id sin cuidado.

JUAN. Vamos; Dios mio!... Dios mio!... Protegednos (*vase.*)

ESCENA IV.

LUIS, a poco LAURA y SALFIERI.

LUIS. A decir verdad, no es mala precaucion el haber apagado el farol... Con eso la góndola que me seguia desde que salí de mi casa, me perderá de vista, porque no hay duda de que era yo á quien iba á los alcances... pero al llegar á la vuelta que hace el canal, ejecuté cierta maniobra, que desbarató las intenciones del espia; de modo que ahora estoy bien seguro... (*descubrese á lo lejos la góndola que espia á la de Luis; llega y un hombre salta en tierra, en tanto que Luis llama á la puerta de Teodora.*) Laura! Laura!

LAU. (*dentro.*) Quién está ahí?

LUIS. Soy yo... Di á tu señora que ya he llegado.

LAU. Bien... estate ahí quieto, y no despliegues los labios.

LUIS. Oh! no tengas miedo de que me mueva de aquí, ni que diga á nadie en el mundo, para quién es esta barca... primero me harian mil pedazos... Ah! (*volviéndose, y viendo la otra barca.*)

SAL. Luis! (*apareciendo.*)

LUIS. El Bravo! (*retirándose.*)

SAL. Esa barca es para la señora Teodora?

LUIS. Si, señor. (*con miedo.*)

SAL. Quiere huir esta noche de Venecia?

LUIS. Si, señor.

SAL. Antes que den las doce?

LUIS. Si, señor.

SAL. Y tú eres el discreto gondolero que debe ponerla fuera de las lagunas?

LUIS. Si, señor.

SAL. Bien está; yo me encargo de ese trabajo.

LUIS. Y yo, señor?

SAL. Tu vas á embarcarte en esa otra góndola, que te llevará á tu casa, de donde no saldrás sino luego que hayan dado las doce.

LUIS. Bien está, señor.

SAL. Entiendes?

LUIS. Perfectamente, señor. (*entra en la góndola y desaparece.*)

ESCENA V.

SALFIERI, luego un ESBIRO.

SAL. Bien!.. ahora si se me escapan, preciso será que Satanás ó este hombre les abra otro camino. (*el esbirro llega mirando por todos lados, y se acerca á Salfieri creyendo sea el Bravo.*)

ESB. Ah! Al fin os encuentro, mi amo.

SAL. (*Quién es este hombre?*)

ESB. Las órdenes del tribunal que se clavan ahora en vuestra puerta, corren gran riesgo que se las lleve el viento... porque apenas entráis en vuestra casa.

SAL. Explicame... qué me quieres?

ESB. (*dándole un pergamino sellado.*) Dos horas os quedan para obedecer al consejo. (*vase.*)

ESCENA VI.

SALFIERI, solo.

Una orden del consejo! Una orden de asesinato!.. Qué hubiera sido de mí si me hubieren dado ayer esta orden?... Las once y media... Gracias á Dios! Tengo dos horas para ejecutar la orden del consejo, y dentro de media hora estaré libre; dentro de media hora devolveré al asesino su máscara y su puñal... Mi Violeta será libre y vivirá dichosa lejos de Venecia, lejos de esta

ciudad aborrecible. Pero abren esa puerta... á nuestro sitio... (*se retira.*)

ESCENA VII.

SALFIERI, TEODORA, VIOLETA, LAURA, *que salen con precaucion.*

LAU. Nadie... Señora, nadie mas que Luis... sin duda, porque su barca está ahí.

VIO. Oh! madre mia... respiremos un instante el aire de este vestibulo... la noche está tan calorosa, que no es posible permanecer en esa habitacion...

TEO. Que terrible es esa historia que acabas de contarme!

VIO. Y el héroe de ella cuan desgraciado es!

TEO. Si... pero esa es Venecia... ciudad maldita, ciudad de placer, de llanto y de sangre... alégrate, hija mia, pronto vamos á dejarla.

VIO. Para no mas volver?

TEO. Nunca, nunca.

VIO. Dios mio!

TEO. Suspiros... Lágrimas!... tu padre y yo te acompañamos; hija mia, qué puede hacerte llorar, ni qué sentimiento te puede causar el marcharte de Venecia?

VIO. Madre mia... aquel á quien lloraba cuando sali de Génova...

TEO. Ese jóven de quien me habló Maffeo y que yo temia que amases cuando te hice venir á mi lado?... Ya sabes que está en Génova.

VIO. Está en Venecia, madre mia.

TEO. Y le has vuelto á ver?

VIO. Ayer mismo.

TEO. Imprudente! Le amas, no es verdad?

VIO. Ah! si.

TEO. A un hombre que tal vez no te ama á ti?

VIO. Qué no me ama, madre mia?... Salfieri no me ama!... Oh! Escuchad: el desgraciado se hallaba proscripto por el consejo de Venecia, por ese tribunal que no perdona jamás; su cabeza estaba puesta á precio... Lo creereis? Por un simple indicio, por una palabra grabada con un diamante en un espejo, me ha seguido á Venecia, donde hasta el aire que respira debe serle mortífero. El puñal de los esbirros, el caldoso, todo lo ha despreciado por mi... creéis ahora que me ama?

TEO. Desventurada!

VIO. Y ahora, madre mia, me es preciso huir de Venecia sin decirselo... sin medio alguno de hacerle saber donde estoy! El vá á permanecer en Venecia, solo, proscripto y sin esperanza; y yo voy á partir... ah! decidme qué causa nos precisa á partir, madre mia.

TEO. Yo misma no lo sé; tu padre es el que lo quiere; él solo puede aclarar este misterio, y ha de ser forzosamente un secreto terrible... porque estaba muy agitado, muy pálido y su voz muy alterada.

ESCENA VIII.

Dichos, JUAN.

JUAN. (*con voz sorda.*) Teodora!

TEO. Escucha... aquí viene.

JUAN. Teodora... hija mia... no hay que perder un momento... partid, partid.

VIO. Dios mio!

JUAN. Marchad os digo... cada instante que pasa es un año... huid, huid.

TEO. Pero no vienes con nosotras?

JUAN. Yo no puedo, Dios mio! Ah!.. Y eso es lo que me desespera.

TEO. Pero, qué te detiene en Venecia, cuando nosotras la abandonamos?

JUAN. Una cadena de hierro... un círculo de sangre... Vamos, infelices, venid...

TEO. Pero...

JUAN. (*conduciendo á Violeta hacia la góndola.*) Teodora, quieres acompañar á tu hija?

TEO. Hasta el fin del Universo.

JUAN. (*cerca de la góndola.*) Pues ven entonces... Luis! Luis!..

SAL. (*presentándose.*) Aquí estoy mi amo.

JUAN. Salfieri! Maldicion! Qué haces aquí?

SAL. Te aguardo.

JUAN. (*sacando el puñal.*) Pues bien, aquí me tienes.

VIO. Salfieri! Padre mio... perdon... (*arrojándose en los brazos de Salfieri.*) Madre mia! madre mia! mirad -este es Salfieri... ayudadme á defenderle.

JUAN. (*dejando caer el puñal.*) Oh!

TEO. (*señalando á Salfieri.*) Defenderle! A quién?... á él? -Y sabes tú quién es?... Quién es ese hombre execrable?..

VIO. Qué decis?

TEO. (*arrancándola de sus brazos.*) Infeliz! Es el Bravo.

VIO. (*vacilando.*) El... él!.. Oh! No!

JUAN. Ven... ven...

SAL. Detente.

JUAN. Aun no son las doce.

SAL. (*suenan las primeras campanadas de las doce.*) Escucha.

JUAN. Soy perdido.

SAL. La última campanada de las doce suena... recobre cada cual ahora su nombre y su cara... Toma esta máscara y este puñal... toma esta orden del consejo: una hora te queda para ejecutarla.

TEO. Que oigo!

SAL. Teodora, te habias engañado... esta máscara no estaba hecha para mi rostro... sino para el suyo.

TEO. Tú Alberti!.. tú el Bravo!..

VIO. Luego sois vos quien por salvar á vuestro padre...

JUAN. Si... yo soy.

VIO. Oh padre mio!.. Padre mio!

SAL. Tú... su padre!

VIO. Salfieri!.. no le condeneis sin oirme... mi padre por salvar al suyo... (*aparta á Salfieri y le habla en voz baja.*)

TEO. Infeliz! todo lo comprende ahora.

JUAN. Si... crei por algunos instantes que la venganza del cielo se habia aplacado, pero me engaé... Despertándose el anciano de repente, y en medio de la noche, no ha reconocido á su hijo... porque ha perdido el juicio... Ha creido que iban á buscarle para llevarle al cadalso... para asesinarle... y cuando he intentado tomarle en mis brazos, se ha asido gritando á las barras de su reja, y con sus gritos ha despertado á la guardia... Entonces me ha sido forzoso abandonarle allí, postrado y moribundo!.. Ah! tal vez por querer salvarle, le habré dado la muerte. Yo fuera de mi; y apurado por la hora fatal, he acudido aquí precipitadamente. Os queria obligar á que partiérais ambas para ocultaros al menos mi secreto... El amor que mi hija profesa á Salfieri hacia aun mas urgente esta marcha... porque la hija del Bravo...

SAL. Violeta me lo ha referido todo: dad la bendicion á vuestros hijos, porque vuestros hijos se aman, y os piden que los unáis el uno al otro.

TEO. Qué oigo?

JUAN. Salfieri, eres un jóven noble y generoso.

SAL. Amo á Violeta.

JUAN. Y juras enlazarte con ella?..

SAL. Lo juro, padre mio, y ya sabeis si cumplo mis juramentos.

JUAN. Pues bien, huid los tres de Venecia; dejadme á mi solo y entregado á mi desesperacion.

TEO. Si, partid hijos míos.

VIO. Oh, madre mia! Y vos me abandonais?

TEO. Y el infeliz se habrá de quedar sin nadie que le acompañe?... No; yo sufriré y lloraré con él.

VIO. Oh, madre mia!... Entonces nosotros nos quedamos tambien.

TEO. Pobre hija mia! Has olvidado que tu marido está proscripto!

JUAN. Violeta... tu has visto á Salfieri devolverme esta orden del consejo y decirme que no me quedan mas que pocos instantes para ejecutarla... Esta orden es una orden de muerte... todavía no la he abierto... todavía no sé sobre quién descargará su terrible poder... pero creeme, Violeta, llévate de aquí á Salfieri... Está proscripto... y á pesar de su proscripción, ha tenido el arrojo de poner de nuevo los pies en el territorio de Venecia.

VIO. Vos me horrorizais!... Cómo, esa orden?...

JUAN. Sea la que fuere, me es forzoso ejecutarla, porque la vida de mi padre responde de mi obediencia... y yo no quiero que mi padre muera... *(entre tanto que Violeta se arroja en brazos de Teodora, Juan se pone la máscara. Violeta se vuelve y dá un grito.)*

VIO. Ah! Huyamos, Salfieri, huyamos.

ESCENA IX.

Dichos, LUIS, entrando furtivamente en el vestíbulo.

JUAN. Luis! *(encaminándose á él.)*

LUIS. Señor, he sido obediente, ya son mas de las doce.

JUAN. Estos dos jóvenes van á embarcarse en tu góndola... tú los conducirás.

LUIS. Asi lo haré, señor, si la góndola que acabo de encontrar, y que he reconocido perfectamente por pertenecer al consejo de los Diez, no me lo impide.

JUAN. La góndola del consejo... ya lo oyes, Salfieri... No hay duda, á ti es á quien buscan.

TEO. Oh! me llenas de terror... marchad, hijos míos... marchad...

JUAN. Todo está pronto... adios.

VIO. Adios, madre mia... *(al Bravo con voz dolorosa.)*
Adios!... Adios! *(entra en la góndola con Salfieri; Luis los conduce.)*

ESCENA X.

JUAN, TEODORA.

TEO. Dios los haga felices, y les dé su bendicion.

JUAN. Y á nosotros valor.

TEO. Oh! Si... Ah! Dios mio!

JUAN. Qué tienes?

TEO. Perdona... Esa orden que llevas y que yo he tocado...

JUAN. Escucha, Teodora... Mi existencia es una existencia execrable... y sangrienta... Creeme, antes que yo abra esta orden, esta orden que me horroriza... nuestros hijos aun no estarán muy lejos, vé á reunirte con ellos.

TEO. Nuestros hijos obedecen á su destino, obedecemos nosotros al nuestro.

JUAN. Pues entonces... *(abre la orden, se acerca á la luz y lee para sí.)* Ah!

TEO. Qué es eso?

JUAN. Vete, Teodora, vete... Quizás es tiempo todavía! Luis! *(llamando con desesperacion.)*

TEO. Ya está muy lejos ahora, y la góndola del consejo muy cerca.

JUAN. Si habré leído mal... *(vuelve á leer.)* Qué atrocidad! Ah, Belmonte! Belmonte! *(empuñando convulsivamente su puñal.)*

TEO. Qué es eso? Dime, qué es eso?

JUAN. Que tú has insultado á ese hombre, y que ese hombre se venga como un vil, como un infame.

TEO. Qué dices?

JUAN. Lee. *(dándole la orden.)*

TEO. *(acercándose á la luz.)* «El Consejo ha sentenciado á muerte á la incendiaria Teodora.»

JUAN. Teodora, no te decía yo que partieses?

TEO. Perdon!... Perdon!... *(los dos se miran horrorizados.)* Qué es lo que digo?... No!... no escuches ese grito de sangre, ese grito de una flaca muger... Alberti... acuérdate de tu padre.

JUAN. Yo?... Jamás!... Jamás!

TEO. Mira que le van á matar, mira que es tu padre... un anciano.

JUAN. Pues bien, si le matan, yo sabré morir.

TEO. Alberti!

JUAN. Haga ese tribunal sangriento lo que quiera; mate á mi padre, máteme á mi... pero yo!... Yo levantar segunda vez el puñal contra ti?... Imposible!... Jamás! Jamás!

TEO. Ya se acercan!... Escucha, Juan... mas vale que yo sea la que muera... Mira, ya estoy cansada de la vida, harta de todo!... Mi existencia á nadie le es necesaria!... Dios ha decretado esta espacion, mas dolorosa, pero breve... Lo que Dios ha hecho, está bien hecho.

JUAN. Tribunal de muerte! Tú me has puesto en la mano este puñal y me has dicho: hierre... Pues bien; yo heriré.

TEO. Qué dices?

JUAN. Tambien puedo penetrar hasta en medio de vosotros, miserables... herir hasta que mi brazo se cansa... bañarme en vuestra sangre aborrecible... y entonces... mi padre morirá... yo moriré, pero al menos venganza! Venganza!

TEO. Calla... calla... si ellos te oyesen... Dios mio! míralos, ahí están... Alberti, por Dios, tu padre... un pobre anciano... quieres que le arrastren hasta el patíbulo?

JUAN. *(dejándose caer desesperado sobre el banco.)* Perdoname tú tambien, Teodora, perdoname, ó me volveré loco!

TEO. Tú has tenido ya tu espacion en este mundo, déjame á mi la mia... Dios quiere que mi sangre rescate la de un anciano y lave mis culpas... Déjame á mi, que soy muger impura; déjame ofrecerme en sacrificio; pues que Dios lo permite.

JUAN. Oh! Desesperacion!

TEO. La góndola se ha parado... Ahí están ya... ahí... Qué puedo yo darte en cambio de tanto amor? Alberti, en cambio de un amor que me lo sacrifica todo?... *(arrojándose en sus brazos.)* No puedo darte mas que mi vida, ya que tú no quieres tomarla. *(le arrebatada el puñal y se hierre.)*

JUAN. Teodora, qué es lo que has hecho? *(dando un grito.)*

ESCENA XI.

Dichos, un SENADOR, un ESBIRRO.

ESB. Este es, señor. *(señalando al Bravo.)*

SEN. Alberti!

TEO. Oh! No le castigueis: ha cumplido la orden del tribunal. *(expira.)*

SEN. Alberti, la república te devuelve tu juramento... estás libre... Tu padre ha muerto!

FIN DEL DRAMA.

Madrid: 1836.—Lalama, Duque de Alba, 43.